

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el negro manto de la muerte

CLARK CARRADOS



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

EL NEGRO MANTO DE LA MUERTE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.386

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 52.263 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1977

© Clark Carrados - 1977

Texto

© Salvador Fabá - 1977

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1977

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.521 -Pueblo maldito.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.381 -Torrenegra.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 -Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 -Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

971 -Las espuelas del muerto.

En Colección BRAVO OESTE:

526 -Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 -El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 -Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 -Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 -Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

772 -Asalto a la ley.

En Colección COLORADO:

1.009 -El paso del Hombre Muerto.

CAPÍTULO PRIMERO

El automóvil se detuvo frente al garaje de la casa, después de haber remontado el sendero encementado que atravesaba el bien cuidado césped. Una célula fotoeléctrica entró en funcionamiento y la puerta del habitáculo se alzó por sí misma.

Satisfecho de la vida, Mitt Fulbert hizo avanzar el coche, hasta dejarlo por completo dentro del garaje. A su izquierda, al fondo, había una puertecita lateral, sobre una escalera de dos peldaños, la cual conducía al interior de la casa.

La puerta del garaje se había cerrado por sí sola. Fulbert cortó el encendido y se apeó.

Entonces se abrió la puertecita del fondo. Fulbert terminó de volverse hacia allí. Enormemente asombrado, vio una negra silueta.

Parecía una mujer, enteramente cubierta con un manto negro que la cubría hasta los pies. El manto disponía de capucha, la cual ocultaba casi completamente su rostro.

—Señora, ¿qué demonios hace usted en mi casa? —preguntó Fulbert, de mal talante.

—¿No me reconoces? —dijo ella, con voz de tonos graves.

—Nunca he tenido el honor...

De pronto, la mano derecha de la mujer salió por el centro del manto. Estaba enguantada, asimismo en negro, y sostenía un revólver cuyo cañón había sido alargado con el aditamento de un silenciador.

—¡Oiga, baje eso! —chilló Fulbert, lleno de pánico.

Al mismo tiempo, la mujer echaba la capucha hacia atrás. Fulbert la reconoció.

—Oh, no, tú no...

El revólver funcionó tres veces. Fulbert giró violentamente sobre sí mismo y se apoyó sobre el motor del coche. Gimió un poco; luego, lentamente, resbaló hasta quedar tendido en el suelo de

cemento.

Inmediatamente, la mujer dio media vuelta. Atravesó un corto pasillo y salió al exterior, por la parte posterior de la casa, donde reinaba la oscuridad. Corrió de puntillas y luego se arrodilló al otro lado de unos matorrales. Se quitó la capucha, con la que hizo un bulto, en cuyo centro había puesto el arma homicida, y lo metió en una bolsa de lona de vivos colores y aire deportivo.

Luego se irguió. Una cascada de rubios cabellos brilló al reflejar la luz de un farol lejano. Tranquilamente, sin mostrar el menor nerviosismo, la mujer caminó unos centenares de metros. Un par de transeúntes se cruzaron con ella y admiraron la esbeltez de su figura. Vestida con un fino *pullover* negro y pantalones del mismo color, con la cabellera suelta, resultaba indudablemente atractiva. El *pullover*, por otra parte, hacía resaltar unas curvas inequívocamente femeninas.

Mientras tanto, la señora Fulbert, que había oído entrar el coche en el garaje, se impacientó por la tardanza de su esposo. El señor Fulbert no solía estar tanto tiempo en aquel lugar. Intrigada, se levantó de la sala, cruzó la cocina y el pequeño pasillo que conducía al garaje y abrió la puerta.

Un segundo después, empezó a chillar frenéticamente.

No se podía decir que el sargento Kentley hubiera sido afortunado en los últimos tiempos. A veces, Archibald Kentley se decía que incluso había tenido demasiada suerte en que la cosa quedase solo en el descenso de un peldaño en la escala de grado de la Policía.

Poco tiempo atrás, Kentley había sorprendido a una ladrona en unos grandes almacenes. En realidad, no estaba allí de servicio, ya que había ido a comprar un obsequio para una tía a la que apreciaba bastante y que muy pronto iba a celebrar su cumpleaños. Pero vio a una mujer echándose algo al bolso y, actuando como se lo exigía su profesión, había llamado al detective de los almacenes.

Era preferible que el asunto fuese a parar a manos de quien correspondía. Lo malo fue cuando la mujer negó que hubiese robado el objeto. Kentley insistió en ello. El detective tomó los nombres de ambos. Cuando ella dio el suyo, se levantó de un salto. Sólo le faltó llevarse la mano a la sien y dar un taconazo. La dama en cuestión era la esposa del alcalde.

—Mujer del alcalde o no, era una ladrona —decía Kentley, días más tarde, cuando su jefe le comunicó la pérdida de un grado—. Yo la vi robar aquella pitillera de plata...

—La dependienta declaró que ella se la había vendido —dijo el jefe.

Pero lo malo era que había un periodista, acompañado de su correspondiente fotógrafo, haciendo una información de los grandes almacenes. El periodista, contento de la ocasión que se le presentaba, hizo que el fotógrafo tirase una placa, en el momento de la detención de la esposa del alcalde.

La fotografía salió publicada al día siguiente en el diario de mayor tirada, con las consecuencias que eran fáciles de prever. A última hora, todo se arregló, menos para el pobre Archie Kentley que perdió un grado.

—La dependienta mintió, porque la obligaron a ello; de lo contrario, habría perdido el empleo —alegó Kentley—. ¿O es que el hecho de ser la esposa de un alto dignatario excluye automáticamente la tentación del robo?

—Archie, conténtese con lo sucedido y no le dé más vueltas al asunto —contestó el jefe malhumoradamente. Tenía ambiciones políticas y aquel incidente, de rebote, podía causarle bastante perjuicio.

Kentley se resignó. ¡Qué remedio!, se dijo, filosóficamente por enésima vez, mientras se acercaba progresivamente a su casa.

De pronto, se cruzó con una rubia que caminaba en dirección opuesta.

Había bastante luz, la suficiente para captar la silueta escultural de la mujer, cuyos ropajes parecían hechos especialmente para realzar sus curvas.

Kentley la miró. Ella le devolvió la mirada, junto con una cálida sonrisa.

Kentley se paró.

—Tal vez está buscando a alguien —dijo, por decir algo.

—Un caballero —respondió ella.

—Entonces, ha fracasado. Lo siento.

La rubia se echó a reír.

—Usted lo es —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

Ella movió la mano en un ademán circular.

—Mire la calle: está casi completamente desierta. Un hombre que no fuese un caballero, habría intentado asaltarme.

—¿Cómo sabe que no voy a hacerlo?

—Se le ve en la cara. Es joven, atractivo y honesto.

—No se fíe de las caras con aire de bondad. Dan muchas sorpresas.

—En su caso, no lo creo. Tal vez la sorpresa fuese de distinto signo.

—Es posible. ¿Vive lejos de aquí?

—No demasiado.

—Hace cosa de un par de minutos, he pasado por un bar que todavía está abierto. En estos momentos, no tengo otra cosa que hacer.

—Está bien. Me llamo Vera Ames.

—Archie Kentley, Encantado, Vera.

—Es un placer, Archie.

Kentley se emparejó con la rubia. Debía de andar por los treinta años, su edad, aproximadamente. Pero era una mujer espléndida.

Cuando llegaban a las inmediaciones del bar, Vera dijo:

—Se me está ocurriendo una cosa, Archie.

—¿Sí?

—Podemos tomar la copa mejor en mi casa. Allí no nos molestará nadie. ¿Qué te parece?

—Magnífico.

Un par de horas más tarde, Vera se incorporó en parte, apoyada en un codo, y paseó el índice derecho por el desnudo pecho de Kentley.

—Archie.

Kentley estaba boca arriba, con las manos bajo la nuca.

—¿Sí, preciosa?

—Todavía no sé quién eres.

—Archibald Kentley, ya te lo he dicho...

—Oh, yo no me refería a eso. ¿Qué haces?

Kentley vaciló unos segundos. «¡Qué diablos! —pensó; al fin y al cabo no tenía tanta importancia—. Los policías también somos hombres, ¿no?».

—«Poli» —contestó—. Sargento.

—Oh, un policía.

—Sí.

—¿Patrullas?

—División de homicidios.

—Fascinante.

—No creas. A veces resulta aburrido y hasta repugnante. Vera, ¿qué haces tú?

Ella se inclinó y quedó casi completamente encima de su invitado.

—En estos momentos, el amor —susurró ardientemente.

Una hora después, Kentley se vistió. Vera le contempló desde el lecho.

—Llámame otro día —pidió.

—Lo haré, preciosa.

Cuando abandonó la casa, pensó que la aventura había resultado muy agradable. Pero quizá no convendría prolongarla.

Vera estaba casada. El marido debía de hallarse ausente. No tendría ninguna gracia ser sorprendido por un esposo que regresaba a su casa antes de tiempo. Había intervenido en infinidad de casos semejantes: unos se saldaban con el divorcio, pero el hombre del siglo XX era todavía lo suficientemente retrógrado como para usar el revólver o el cuchillo y vengar así el honor ofendido.

Había sido un encuentro fortuito, entre una mujer deseosa de una aventura y un hombre joven, que había querido olvidar ciertos problemas personales con la ayuda de unos labios expertos y un cuerpo bien formado, eso era todo.

Eran las cuatro de la madrugada, cuando abría la puerta de su departamento. Con la mente ocupada en el grato recuerdo de las horas pasadas con Vera Ames, ni se dio cuenta de que no utilizaba la llave.

Encendió la luz de la pequeña sala y se encaminó al baño. Momentos después, con un pequeño *slip* por toda indumentaria, salió y apagó las luces.

Tenía sueño. Por la ventana, con las cortinas descorridas, entraba un poco de luz procedente de la calle. No necesitó siquiera encender la luz del dormitorio. Conocía bien la topografía de la casa y ello le permitió apartar las sábanas a un lado y meterse en la cama.

Entonces notó el contacto de un cuerpo humano. La otra persona, sobresaltada, chilló.

La sorpresa de Kentley no fue menor. Se sentó de golpe, alargó la mano y encendió la luz.

A su lado, una hermosa muchacha, de pelo negro, muy corto, se sentó también y le miró con asombro y enojo a un tiempo.

—¡Salga de mi cama o llamaré a la policía! —dijo.

—Es usted quien tiene que dejar la cama —contestó él.

La chica extendió un brazo.

—Váyase o llamo a la policía —insistió.

Kentley se echó a reír.

—Yo soy policía —dijo.

—No se burle, estúpido. Yo...

La chica llevaba puesto un camisón corto. Hizo un brusco movimiento y la prenda resbaló de pronto, dejando a la vista un pecho muy bien formado. Lanzó un gritito y se cubrió pudorosamente con las sábanas.

—¿Es que no me ha oído? —dijo—. Váyase, váyase.

—Un momento, señora...

—Señorita —corrigió ella orgullosamente.

—Está bien, señorita. Dígame, ¿a qué departamento pensaba venir hoy?

—Al

9 C.

Es éste, ¿no?

—Claro que sí. Y yo lo tengo alquilado hace más de cuatro años, cosa que puedo demostrar documentalmente.

Ella frunció el ceño.

—El

9 C

—repitió.

De pronto, Kentley se dio una palmada en la frente.

—Ya está —dijo.

—¿Qué es lo que «ya está»?

—Ayer se estropeó la cerradura. Di la llave al conserje para que la reparasen y no me preocupé más de ello. Pero hace un par de días, el administrador contrató un conserje nuevo. ¿Está segura de que le pidió usted la llave del 9 C?

La chica se puso pálida.

—A ver si me entendió mal... Yo contraté el 19 C... Vine un poco tarde; ni siquiera me fijé en la llave... Hoy era el primer día que me alojaba en esta casa...

Kentley sonrió.

—No se preocupe, solucionaremos este asunto. Ah, me llamo Archie Kentley —dijo.

—Rhoda Fairchild —contestó ella.

Kentley le tendió la mano a través de la cama, todavía sentados ambos.

—Encantado —dijo.

—Mucho gusto, señor Kentley... —Rhoda tomó la mano que le ofrecían, pero de pronto la soltó con una sacudida—. Oh, estamos portándonos como unos estúpidos...

Él se echó a reír.

—No se preocupe. Como todavía es demasiado temprano para andar con cambios, yo me iré a dormir al diván de la sala —dijo.

Saltó de la cama y se dirigió hacia la puerta.

—Oiga, ¿es esta toda la ropa que se pone para dormir? —preguntó Rhoda.

Kentley se volvió y sonrió.

—Detesto los pijamas —dijo—. Gracias puede dar que no estamos en pleno verano; de lo contrario, aún llevaría menos ropa.

Rhoda lanzó un gritito de asombro y se echó de espaldas, cubriéndose incluso la cabeza con las sábanas. Kentley se echó a reír.

Luego se puso serio. Había pensado en quedarse a dormir hasta el mediodía, pero la inesperada presencia de aquella encantadora chica le había estropeado el plan.

CAPÍTULO II

Despertó bien entrada la mañana y se sorprendió de verse en el diván. Entonces, de golpe, recordó todos los acontecimientos de la noche pasada. El grato encuentro con la hechicera Vera Ames, la sorpresa de ver que su cama estaba ocupada por una atractiva morena...

Bostezando, se puso en pie, aunque a prevención rodeó el cuerpo con la manta que había usado para cubrirse en el sueño. Luego se acercó al dormitorio y tocó en la puerta con los nudillos.

Cuando se dio cuenta de que no recibía respuesta, abrió la puerta. El dormitorio estaba vacío, pero ordenado, limpio y la cama hecha.

Fue al baño. En el espejo, con lápiz de labios, encontró un mensaje:

«Dispense el error. No he querido molestarle.
Gracias, es usted todo un caballero.
»R. F».

Kentley bostezó aparatosamente. Luego tiró a un lado la manta y el *slip* y se metió bajo la ducha. Al terminar, se afeitó. A continuación se vistió, aunque quedó en mangas de camisa. Para entonces ya hervía el agua del café.

Cuando terminaba la segunda taza, sonó el teléfono.

—Kentley —dijo instantes después.

—Sargento, el jefe quiere verle —manifestó una telefonista.

—Es mi día libre —alegó él.

—Lo siento. Venga pronto.

—Dígale al jefe que se vaya a la... al diablo.

Colgó el teléfono y llevó la taza y el plato a la cocina, el teléfono volvió a sonar segundos más tarde.

Era Sorensen, el comisionado de Policía.

—Kentley, he estado en la... y he vuelto.

—¿Limpio? —preguntó el joven con ironía.

—Pasé por encima con unos zancos. Venga inmediatamente.

—Mañana.

—Hoy. Le necesito. Además, voy a darle una buena noticia.

—Espere un momento.

Kentley dejó el teléfono y movió un sillón ruidosamente.

—Adelante —dijo poco después—. Ya me he preparado para caerme de espaldas, sin daño, cuando oiga esa buena noticia. ¿Qué pasa? ¿Voy a dirigir el tráfico como simple guardia en un cruce de calles?

—La mujer del alcalde ha sido internada en una clínica psiquiátrica. Es una cleptómana.

—Cualquier día, desaparecerá la clínica; ella se la habrá llevado en el bolso.

—Olvide sus rencores. El alcalde ha reconocido su error. Usted es teniente de nuevo. Se le reintegrarán las diferencias en los sueldos atrasados. ¿Vale?

Kentley contuvo un par de palabrotas. Casi un año soportando la humillación de una sanción injusta... El dinero le importaba menos que el orgullo herido.

—Gracias —dijo, conciliador—. ¿Qué sucede?

—Venga y lo sabrá... O quizá lo sabe ya. ¿Ha leído los periódicos?

—Hombre, acabo de levantarme.

—Entonces, yo le pondré al corriente de lo que sucede. Dese prisa, Archie... teniente Kentley.

El comisionado Sorensen parecía haber nacido con el cigarro y la caja de fósforos, que usaba continuamente para encender una brasa que también se le apagaba continuamente. Tenía el pelo entrecano, corto y áspero. Las malas lenguas decían que su mujer no compraba jamás un cepillo: le bastaba pasar la cabeza de su marido por los sitios donde había polvo en la ropa.

—No conozco al tal Fulbert —manifestó Kentley—. Me suena, pero no le he tratado personalmente jamás.

—Pertenecía a un grupo muy selecto. Tenía influencia en los medios financieros de la ciudad. Su muerte va a armar mucho mido.

—Eso no es cierto. Nadie oyó los disparos —contestó el joven sarcásticamente.

—Era una metáfora, hombre. Bueno, el caso es que hace algún tiempo, cosa de dos años o así, se le supuso involucrado en un turbio asunto. Cosa de un millón de dólares, Archie.

—Un millón de «pavos» es un asunto muy claro, jefe.

—Déjese de juegos de palabras. —Gruñó Sorensen—. Un paquete de bonos y acciones desapareció misteriosamente. Valía bastante más de un millón, pero los expertos supusieron que los autores del hecho habrían tenido que dar una comisión para obtener el millón limpio. Ni el dinero, ni las acciones, ni los bonos han aparecido jamás.

—Bien, pero ¿qué tenía que ver el difunto Fulbert con todo esto?

—Dieciocho meses después murió un tal Lee Palmer. Las sospechas se centraban en él como el autor material de la estafa. Le pegaron dos tiros.

—Lo sé —recordó Kentley—. Yo no intervine en aquel caso, pero no se resolvió.

—La viuda de Palmer quedó terriblemente afectada. Durante un tiempo tuvo que permanecer en *un* sanatorio. Luego se curó y regresó a la ciudad.

—¿Y...?

—Hay fundados indicios de que fueron seis personas las que intervinieron en aquella estafa. Palmer, insisto, fue el autor material, pero jamás habría podido hacerlo sin la ayuda de las otras cinco personas.

—Oh, ya entiendo.

—Se conocen los nombres de esas cinco personas. Una de ellas murió anoche.

—Siga, jefe.

—Sospechamos, simplemente, que es la señora Palmer la autora de la muerte. Tenemos la certidumbre de que quiere vengarse del asesinato de su esposo.

El cigarro de Sorensen se apagó. Kentley aprovechó para levantarse y llenar un vaso del botellón que había en un rincón de la oficina.

—¿Por qué sospechan de la señora Palmer? —preguntó, tratando de buscar la cara de su jefe entre las nubes de humo que salían del

cigarro.

—Anoche un transeúnte vio a una mujer rubia, alta, vestida de negro, en las inmediaciones de la casa de los Fulbert. La descripción corresponde enteramente a la apariencia física de Ada Palmer.

Kentley respingó.

—¡Diablos!

Sorensen le miró con súbito interés.

—¿Qué le ocurre, Archie?

—Jefe, ¿hay por alguna parte una fotografía de la señora Palmer?

Sorensen abrió una carpeta. Extrajo una cartulina y se la tendió a su subordinado.

—No es ella —dijo Kentley.

—¿A qué se refiere?

El joven se echó a reír.

—Anoche me encontré yo con una dama de negro... Sí, era rubia, pero no se parecía en nada a la señora Palmer —manifestó.

—¿Cómo lo sabe, Archie?

—Por favor, jefe; hay preguntas a las que un caballero no debe contestar jamás.

—Archie, es usted un sinvergüenza. —Sorensen suspiró—. Pero le envidio. ¿Era guapa la rubia?

—Y ardiente. ¿Dónde viven los Fulbert?

—East Road, seiscientos dieciséis.

—¿A qué hora se supone fue cometido el crimen?

—Las nueve de la noche, más o menos.

—Oh, yo me encontré a la rubia hora y media más tarde y en un lugar no demasiado alejado de esa dirección. A pie, sin prisas, como iba ella, hubiera cubierto la distancia en cinco minutos. Jefe, un asesino por regla general trata siempre de poner pies en polvorosa lo más rápidamente que puede, ¿verdad?

—Normalmente, así sucede. Bueno, de todos modos, su rubia apasionada no fue. Archie, el caso es suyo... con las disculpas del alcalde.

Kentley se llevó dos dedos a la sien.

—A la orden, jefe —contestó.

—Le daré las gracias al alcalde en su nombre —dijo Sorensen, un tanto amoscado porque Kentley no había dicho nada sobre el

particular.

—El que hace justicia, cumple un deber y la satisfacción de qué no ha hecho sino lo conveniente, debe ser su mejor recompensa —respondió el joven virtuosamente.

—¿Por qué sospecha usted que la señora Palmer es la mujer que mató a su esposo?

—Es bien sencillo —respondió Eva Fulbert—. Hoy mismo, no hace más allá de una hora, me ha llamado por teléfono.

—¿Y...?

—Simplemente, ha dicho que ya ha ejecutado la primera parte de su venganza. Los demás, morirán sucesivamente.

—¿A qué «demás» se refiere usted, señora? —preguntó Kentley.

—Ada Palmer dice que todos eran cómplices de la muerte de su marido. Le engañaron y le hicieron asesinar. Pero eso no es cierto; Palmer fue un estafador y alguien le asesinó para robarle —protestó la viuda, con singular energía.

—Señora Fulbert, antes ha dicho que Ada Palmer la ha llamado por teléfono. ¿Cómo sabe que era ella?

—Simplemente, ha mencionado su nombre.

—¿Reconoció la voz?

—Sin ningún género de dudas —respondió Eva rotundamente.

—Es decir, conocía de antiguo a Ada Palmer.

—Sí, fuimos muy amigas en tiempos. No podría equivocarme, se lo aseguro, teniendo.

Kentley hizo un gesto con la cabeza y continuó:

—Señora, tengo entendido que no oyó anoche el menor ruido, cuando murió su esposo.

—No, ni tampoco vi nada. Percibí, eso sí, como todas las noches, el ruido del coche cuando él llegaba pero después ya no escuché otros ruidos.

—Usted acudió al garaje cuando vio que su marido se retrasaba...

—La mayor parte de las veces, Mitt, quiero decir mi difunto esposo, iba directamente al baño. Se lavaba las manos y luego acudía a la sala.

—Es decir, transcurrían unos cinco minutos entre su llegada y la entrada en esta habitación.

—Más o menos, así solía ser. Por supuesto, cuando se trataba de

días laborables.

Kentley se puso en pie.

—Señora, por favor, ¿quiere conducirme al lugar del suceso, por el mismo camino que solía utilizar su esposo?

Eva se levantó. Era una mujer de buena estatura, arrogante de cuerpo, aunque tal vez con unos kilos de más. Kentley calculó su edad comprendida entre los treinta y cinco y cuarenta años. Todavía tenía mucho que mirar aquella apetitosa viuda, pensó.

La sala permitía el paso directo a la cocina. Kentley vio la puertecita acristalada que daba a la parte posterior del jardín. A la derecha había un corto pasillo, terminado en una puerta.

Eva la abrió, pero se retiró unos pasos. Desde la puerta, Kentley observó la silueta trazada con tiza en el suelo de cemento del garaje y que indicaba la postura en que había sido hallado el cuerpo de la víctima.

Regresó a la cocina. La parte posterior del jardín daba a una zona todavía deshabitada, con abundantes solares. Había vallas y un par de casas muy viejas, en ruinas. Para el asesino, había sido una vía de escape inmejorable.

La viuda le miraba desde la puerta que daba a la sala. Kentley comprendió que había hecho ya todo en aquella casa.

—Siento infinitamente lo sucedido —se despidió.

Regresó a su despacho. Él no había intervenido en el caso Palmer y sí el sargento Gerard. Kentley le hizo venir a su despacho.

—A Palmer le mataron de cinco tiros —informó Gerard—. Las balas eran de tres calibres. Hay quién supone que fue una muerte ritual.

—¿Cómo? —se asombró el joven.

—Alguien había condenado a muerte a Palmer, tal vez sus cómplices chasqueados. Por tanto, se supone que cada uno de los cómplices de la estafa le pegó un tiro. Todos y cada uno de ellos se convertían en asesinos y, de este modo, callarían mejor y no se delatarían entre sí.

—Parece lógico, sargento. Sin embargo, yo no estoy muy bien enterado del asunto de la estafa. ¿De verdad cree que ascendía a un millón?

—Al menos, eso es lo que se dijo. En su lugar, yo buscaría a la secretaria personal de Palmer. Ella podría decirle muchas cosas

sobre el particular, supongo.

—Usted tendrá datos sobre esa mujer, ya que intervino en el caso. ¿Sabe dónde vive?

—Le diré el nombre, puesto que me consta que ha desaparecido y no se conoce su nueva dirección. La secretaria se llama Rhoda Fairchild.

CAPÍTULO III

El ojo izquierdo de la mujer estaba medio cerrado a causa del humo que brotaba de un cigarrillo pendiente del lado izquierdo de su boca. Era joven todavía, pero en su rostro había una expresión de astucia nada común.

Petty Pearl sonrió al ver que se le acercaba Kentley.

—Te invito a una copa —dijo.

—La acepto, con una condición —respondió Kentley.

—Informes.

—Eres lista, Petty. ¿Cómo lo has adivinado?

Ella tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el delgado tacón de su zapato. Luego movió la cabeza en dirección a una puerta situada en el extremo opuesto del bar.

—Ray —ordenó, sin volver la cabeza—, llévanos una botella y dos vasos al número uno.

—Está bien, Petty —contestó el *barman*.

Kentley caminó detrás de la mujer. Ella vestía una blusa muy ceñida, casi sin tela en la parte anterior, y una falda que parecía adherida a sus rotundas caderas. Instantes después, Petty abrió una puerta.

—Aquí hablaremos mejor —sonrió.

El barman trajo la botella y los vasos. Petty se sentó en un ángulo de la mesa, con la pierna izquierda colgando al aire. La falda se le subió hasta más arriba de medio muslo. Kentley pudo ver el final de la media y las presillas del portaligas.

—Bonita pierna —elogió.

—Tengo dos —dijo Petty.

—Idénticas, supongo.

—Si deseas comprobarlo...

—Petty, hablemos en serio. —Kentley llenó las copas—. Has dicho que me invitabas.

—Lo confirmo. Era por la alegría de volver a ver a un buen amigo.

—Me defraudas. Creí que sería por otro motivo.

—¿Te parece poco?

—Me han reintegrado al puesto, Petty.

—Oh, entonces veo que ya no merezco el apodo que me dan. — Petty se acarició la nariz, levemente aguileña—. Entre este apéndice y mi astucia, me llaman la Zorra, pero eso no significa que sea una puta.

—No lo eres —contestó Kentley—. Sin embargo, a veces captas la onda de ciertos asuntos.

—¿Por ejemplo?

—Bonos y acciones transferibles, que dieron hace dos años un millón de «pavos».

Petty suspiró. Luego metió la mano por el escote y ajustó algo.

—Malditos tirantes... —rezongó—. Archie, querido, te felicito por tu «reascenso», pero no sé nada del asunto. Yo soy mucho más modesta.

—Eres una deliciosa embustera. Y yo soy un policía que vive exclusivamente de su sueldo.

—O sea que con cien «pavos», por ejemplo, conseguirías hacer que se despegase mi lengua.

—No te daré los cien dólares, porque ni los tengo ni me darían permiso para acreditarlos en la cuenta de gastos. Pero me defraudarás enormemente si no demuestras tu amistad con algo más que una copa.

De pronto, Petty fue hasta el diván que había en el fondo, se tendió boca arriba y puso los pies en alto. La falda resbaló hasta las caderas.

—¿Te das cuenta de que tengo dos piernas preciosas? —dijo, con la cabeza vuelta hacia Kentley.

—Petty, no he venido aquí a correrme una juerga —dijo él, muy serio—. Agradezco la exhibición, pero quiero algo más.

—Puesto que la Policía no tiene dinero para pagar a los confidentes, es preciso recompensarlos de otra forma, Archie...

—Adiós, Zorra.

Kentley abrió la puerta. Petty se levantó de un salto y corrió hacia él.

—¡Espera, diablos! —pidió—. No seas tan picajoso. ¡Caramba, Archie! ¡No todo el mundo puede aprovechar una ocasión semejante!

—Petty, éste es un asunto muy serio. Se ha cometido un asesinato, y además investigo otro realizado hace dos años. Hay que dejar el jolgorio para otro rato, ¿entiendes?

Ella suspiró. Una vez más, volvió a arreglarse los tirantes del sujetador. Luego agarró el brazo de Kentley.

—Entra de una vez, condenado. Pero has de prometerme que vendrás otro día con menos prisas.

Kentley alzó la mano derecha.

—Lo prometo —respondió.

Rhoda Fairchild se detuvo en seco cuando, al llegar a la puerta de su apartamento, vio a un hombre con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—Tenemos que hablar, señorita —dijo Kentley.

—¿No le parece que ya hemos hablado bastante esta madrugada?

—Del asunto que a mí me interesa, no.

Kentley sacó su billetera. Rhoda, asombrada, vio la documentación.

—No sabía que fuese policía —dijo.

—Anoche... está madrugada, no había necesidad de mencionarlo. Tampoco usted me dijo que había sido la secretaria de Lee Palmer.

Rhoda apretó los labios.

—De modo que es eso —murmuró.

—Desearía hablar con usted en su apartamento. Puede negarse, pero entonces tendría que llevarla a Jefatura —manifestó Kentley.

—No habrá necesidad. —Rhoda insertó la llave en la cerradura—. Entre.

—Gracias.

En la calle lloviznaba ligeramente. Rhoda se quitó el impermeable y se sentó en una silla para descalzarse los chanclos de goma. Vestía falda de cuadros escoceses. Kentley observó que tenía unas piernas finas, largas, muy bien torneadas.

—Deje de mirar y empiece —exclamó Rhoda, amoscada.

—Si fue la secretaria de Palmer, ya puede imaginarse qué es lo que pretendo saber. ¿Por qué no empieza usted misma?

Ella se puso en pie y levantó las manos para arreglarse un poco el cabello.

—Lo hizo él exclusivamente, sin la menor intervención por mi parte. Todo jefe tiene secretaria, pero también tiene secretillos que resultan desconocidos para la secretaria. Y perdone la redundancia, señor Kentley.

—Es comprensible. A pesar de todo, una buena secretaria intuye los secretillos de su jefe.

—En aquella época estaba muy nervioso. Parece que andaba en dificultades con su esposa.

—¿Qué dificultades?

—Otro hombre. De los bonos y acciones que desaparecieron, yo no sé nada en absoluto. Ahora trabajo en la Research Chemical. Pida informes de mí, si lo juzga conveniente. Bien, yo sé de aquellos bonos y acciones tanto como pueda saber de los emitidos por la R.C., o cualquier otra empresa. Si mis jefes deciden estafar a la sociedad, ¿cree que me enteraré, sobre todo si no intervengo para nada en las operaciones de caja?

—Evidentemente, no. Ahora bien, usted ha dicho que, en aquella época, Palmer se sentía muy nervioso por culpa de su mujer y otro hombre.

—El eterno triángulo —sonrió Rhoda.

—¿Se lo oyó a él?

—Frasas sueltas, lo suficiente para darme cuenta de lo que pasaba. Sin embargo, jamás pronunció un nombre.

—Parece ser que en el asunto estaban complicadas cinco personas más. ¿Qué sabe de ellas?

—Todo lo que dijeron los periódicos. Los supuestos complicados probaron concluyentemente su inocencia. En la investigación, yo quedé absolutamente exculpada. Sin embargo, no quise continuar en el empleo. Francamente, fue un asunto muy desagradable.

—Sí, me lo imagino.

—Oiga, señor Kentley ¿por qué me interroga? Éste es un asunto sucedido hace dos años. ¿Acaso han decidido desenterrarlo?

—Lo ha desenterrado la señora Palmer, al matar anoche a uno de los supuestos implicados en la estafa.

Rhoda abrió los ojos enormemente. Kentley observó que los tenía muy bonitos.

—¡Cielos! —dijo la muchacha.

—¿Cómo? ¿No lee los periódicos? —se asombró Kentley.

—No tengo tiempo. Lo necesito para estudiar. Quiero graduarme en Psicología.

—¡Atiza!

—¿Qué le sucede? ¿No ha visto nunca a una oficinista estudiante?

Kentley sonrió.

—Dispense la exclamación —rogó—. Pero no veo libros...

—Me he mudado hace un par de días. He conseguido un buen aumento de sueldo y, por tanto, pensé que debía vivir en un lugar más cómodo —explicó la chica.

—En tal caso no quiero seguir molestándola más, señorita. Deseo que termine sus estudios con todo éxito y... Dígame, por favor, dos cosas solamente.

—¿Sí?

—¿Conoció usted a la señora Palmer?

—Desde luego. Era... es, supongo, guapísima. Unos veintinueve años, silueta de modelo, pelo rubio ojos intensamente azules...

—Vamos, una auténtica belleza.

—En efecto. ¿Cuál es la segunda pregunta?

—¿Cree que engañaba a su esposo?

—Personalmente, opino que no. Pero... en esta clase de asuntos, las opiniones personales de los ajenos no cuentan mucho.

—Lógico. Gracias por todo. Buenas noches.

Kentley volvió a su piso. La verdad era que, salvo la conversación sostenida con Petty Pearl, no había conseguido gran cosa. Sin embargo, Petty le había indicado un nombre, del cual, esperaba, podría conseguir datos de relativo interés.

No obstante al día siguiente debía empezar a interrogar a las cuatro personas aún vivas y que, supuestamente, habían estado implicadas en la estafa del millón de dólares.

Kentley tenía una lista con los cuatro nombres. Uno de ellos pertenecía a una mujer: Dorothy Chandler.

Una doncella, ataviada con cofia blanca, recibió al visitante a la mañana siguiente. Vio la documentación de Kentley y dijo:

—Avisaré a la señora. Tenga la bondad de esperar un momento, teniente.

—Gracias.

La doncella se marchó. Un minuto después, volvió al vestíbulo.

—Tenga la bondad de seguirme.

Kentley caminó detrás de la sirvienta. La casa donde vivía Dorothy Chandler respiraba lujo por todas partes. La decoración tiraba a clásica. Las puertas eran de color blanco hueso, con filetes dorados y molduras barrocas.

De pronto, la doncella se detuvo ante una puerta.

—Entre —indicó.

Kentley llevaba el sombrero en la mano. Dio un paso y, de pronto, se detuvo en seco.

Sonó una risa femenina.

—¿Qué le sucede, teniente Kentley? ¿Es la primera vez que ve a una mujer en el baño?

El cuarto de baño era enorme. En el centro había una gran bañera, hundida en el suelo. Dorothy Chandler estaba sumergida en una gran masa de espuma, de la que apenas emergían los hombros, un cuello fino y esbelto, y la cabeza, de abundante cabellera rojiza y ojos verdosos, maliciosos e incitantes.

—Sólo en los anuncios, señora —contestó—. Soy soltero.

—Magnífico —dijo Dorothy—. ¿Sabe?, necesito que alguien me frote la espalda, teniente. ¿Le importaría hacerlo? Todavía no tengo la suficiente confianza con usted como para pedirle que se meta en la bañera. Hay sitio de sobra para dos, pero no sé si debo...

Kentley sonrió.

—Me he duchado al levantarme, señora, muchas gracias —contestó—. Pero, no obstante, puedo frotarle la espalda, aunque habré de arrodillarme.

Kentley dejó el sombrero encima de un taburete y empezó a quitarse la chaqueta.

—Pero ¿qué hace, hombre? —Dorothy le entregó una gran esponja, situada al extremo de un mango de casi un metro de largo —. Arrodílese detrás de mí, será suficiente.

—¡Oh, dispense, señora! La falta de costumbre, ¿sabe usted?

Ella soltó otra risita.

—Sí, se comprende... Más fuerte, hombre; me está haciendo

cosquillas. Así, muy bien. Y ahora, dígame por favor, ¿cuál es el motivo de su visita?

—La muerte de Lee Palmer, señora Chandler.

CAPÍTULO IV

Después de casi treinta segundos de intenso silencio, Dorothy sacó un brazo desnudo.

—Tome aquella toalla y póngasela delante de los ojos, con los brazos extendidos. Sitúese frente a la escalera.

—Sí, señora.

Kentley sostuvo la toalla hasta que notó que se la quitaban de las manos. Luego vio a la mujer, envuelta en la prenda, que le llegaba a la altura de las axilas.

—Deme un cigarrillo. Allí, en aquel cubo, verá champaña. Abra la botella y llene dos copas.

—Sí, señora.

Cuando Kentley regresó con las copas, observó el rostro de la mujer. Era guapa, un tanto basta, pero muy inteligente. Y ya no cumpliría los cuarenta, aunque bien vestida y arreglada, todavía debía de hacer que los hombres se volvieran a su paso por la calle.

—Aquel maldito hijo de perra me estafó casi cuatrocientos mil dólares en bonos y acciones —dijo Dorothy, después de la primera copa—. Supongo que sacaría unos doscientos mil, porque tuvo que vender todo de mala manera, pero si lo hubiera hecho yo legalmente, habría obtenido la cifra mencionada. ¿Satisfecho, teniente?

—No del todo, señora. ¿Quién mató a Palmer?

Ella se encogió de hombros.

—Yo no lo hice —respondió.

—Fueron cinco los perjudicados, aparentemente. Se sospecha que todos se conjuraron para matar al hombre que les había defraudado. Cada uno de ellos le disparó un tiro.

—Leí los periódicos. Confieso que me alegré. Pero insisto: yo no lo hice.

—¿Tiene pistola, señora?

—En mi habitación, en la mesilla de noche. Vaya y llévesela para que la examinen. No tengo la menor intención de obstaculizar la acción de la justicia.

Kentley sonrió.

—Lo haré, aunque por pura rutina. Confío en su palabra, señora. Dorothy alargó el brazo.

—Lléname la copa —pidió.

—¿Desayuna con champaña?

—Anoche no lo tomé al acostarme —rió ella.

—Señora...

—Oiga, teniente, llámeme Dolly y al diablo con el protocolo. ¿Cuál es su nombre?

—Archibald, Dolly.

—Parece nombre de mayordomo —observó ella burlonamente.

—Por eso me llaman Archie. ¿Ha leído los periódicos?

Dorothy dejó de sonreír.

—A estas alturas, después de dos años, vengarse de unos supuestos cómplices en la estafa... —dijo furiosa—. Es ridículo, Archie, sobre todo si se piensa que fuimos nosotros los perjudicados.

—Ah, ha hablado en plural.

—Claro, todos perdimos un montón de dinero. Es cierto que acordamos aunar nuestros esfuerzos, pero solamente en el aspecto legal, por medio de una reclamación judicial. La conspiración para el asesinato que nos achaca esa chiflada es absurda.

—¿Cómo lo sabe, Dolly?

Ella vació la copa.

—Llamó hoy, por la mañana —contestó—. Dijo que me mataría.

—¿Qué le contestó usted?

—¿Quiere saberlo?

—Por supuesto.

—Le diré las palabras exactas de mi respuesta: «¡Vete al diablo, maldita golfa!». Colgué el teléfono y me vine al baño.

Kentley se inclinó para recobrar su sombrero.

—Ha sido una conversación muy agradable, Dolly —dijo.

Ella sonrió maliciosamente. Aflojó un poco la presión del brazo izquierdo y la toalla empezó a deslizarse hacia abajo.

—¿Tiene mucha prisa, Archie?

—Muchísima. Voy a buscar la pistola...

Momentos después, Kentley salía de la casa, abanicándose con el sombrero.

—¡Uf, qué mujer!

Mientras, Dorothy Chandler se había sentado frente al espejo. Después de peinarse un poco, se puso en pie.

Torció el gesto. Tendría que hacerse la estética del pecho. «Aquello» ya no era como hacía veinticinco años.

La puerta del baño se abrió de pronto.

—¿Nancy? —dijo, sin volver la cabeza.

Dada su posición, no veía por completo la puerta del baño. Sólo pudo divisar parte de un uniforme negro y unos vivos blancos.

—¡Nancy! —exclamó impaciente, en vista del silencio de la sirvienta.

De súbito, Dorothy se sintió agarrada por los cabellos. Antes de que pudiera reaccionar, antes siquiera de que pudiera lanzar un grito, unas manos la arrojaron de bruces hacia la bañera, tras una corta carrera de cuatro o cinco pasos.

Dorothy se sumergió por completo en el agua, de la que ya había desaparecido la mayor parte de la espuma. Apoyándose en las manos, aterrada, frenética de pavor, alzó un poco la cabeza. Los ojos le escocieron, a causa del agua jabonosa por lo que sólo pudo ver la confusa mancha del uniforme de la doncella.

Pero en el mismo momento algo se apoyó sobre su cuello y hombros, y la obligó a meter la cabeza bajo el agua. Dorothy perneó espantosamente. Sus brazos se movían de una forma horrible. Luchaba por librarse de aquella presión que la mantenía bajo el agua, con la cara pegada al fondo de la bañera, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Dos manos mantuvieron firmemente el taburete de baño, apoyado contra su cuello y los hombros. Aquellas manos permanecieron en la misma postura durante largos minutos, hasta que al fin cesaran todos los movimientos de la dueña del departamento.

Al terminar, la mujer que llevaba el uniforme de la doncella se puso en pie. Dejó el taburete a un lado, tras secarlo rápidamente con una toalla y, con la misma, limpió un poco las salpicaduras que se veían fuera de la bañera. A continuación, abandonó el cuarto de

baño.

Unos segundos más tarde, se oyó el leve rumor de unas burbujas de aire que subían a la superficie del agua contenida en la bañera. El cuerpo de Dorothy se agitó un poco. Giró lentamente sobre sí mismo y quedó tendido boca arriba, cubierto enteramente por el agua.

—De modo que usted cree que yo tomé parte en el asesinato de Lee Palmer —dijo el hombre interrogado por el teniente Kentley.

—No, no, señor Howiston, yo no he dicho nada semejante, ni siquiera he llegado a insinuarlo. Simplemente he expresado la sospecha de que cinco personas dispararon un tiro cada una contra Kentley. Es una sospecha repito; en modo alguno una certidumbre.

Parapetado tras la enorme mesa de su despacho, en el que rebosaban el lujo y el buen gusto, Arthur Howiston miró con fijeza a su visitante.

—Palmer era un hijo de perra. Me estafó trescientos noventa mil dólares —dijo.

—En bonos y acciones transferibles.

—Exactamente.

—¿Por qué tenía él esos bonos?

—Era nuestro agente. Todos confiábamos en él.

—Señor Howiston, lo corriente es que los bonos y acciones transferibles, que a fin de cuentas son dinero contante, se guarden en una caja de alquiler de algún Banco.

—Claro que Palmer lo hacía así. Ya he dicho que gozaba de nuestra confianza. Pero usted, teniente, ignora sin duda que esos bonos y acciones no son tan fácilmente negociables como la gente cree. No son unos billetes de dos dólares en los que nadie se fija. Cuando un bono o una acción cambia de manos, siempre intervienen agentes autorizados y es muy fácil seguir el rastro de los números de serie.

—Yo tengo unos dos mil dólares ahorrados en una emisión de esos bonos, al ocho y medio por ciento —sonrió Kentley—. No obstante, si quisiera venderlos, tendría que firmar el endoso.

—O su agente.

—Es verdad, no había dado en ello. Señor Howiston, ¿cómo cree usted que se vendieron todos los bonos y las acciones?

—Bueno, en primer lugar esperarían algún tiempo, a fin de dejar

que el asunto se olvidase. Luego, alguien se encargaría del asunto, con una buena comisión. No olvide que el total nominal ascendía a más de millón y medio...

—Sí, claro, Palmer tuvo que ceder algo.

—Por otra parte, ya fuimos interrogados en la ocasión de su muerte. Todos demostramos con meridiana claridad el lugar en que nos hallábamos a la hora en que murió Palmer. Creo que fue una investigación de rutina, en lo que a nosotros se refería. La comprobación de las coartadas fue asimismo rutinaria. Pero creo que todo eso podrá verlo por sí mismo en la carpeta del expediente que se abrió en aquella época.

—La he leído, señor Howiston —sonrió Kentley—. Sin embargo, me pareció conveniente interrogarle, ya que entonces no tomé parte en el caso. Por favor, no se lo tome a mal; yo sólo me limito a cumplir con mi deber.

—Claro, hombre, cómo iba a enojarme. —Howiston se levantó y caminó hacia una mesita—. ¿Un traguito, teniente? ¿O no bebe cuando está de servicio?

—Aquí no somos tan rígidos, y a juzgar por el color, ese escocés debe de ser exquisito.

—Lo es —confirmó Howiston, mientras destapaba el frasco de cristal tallado—. Me gusta siempre lo bueno. Aunque a veces me equivoque.

—No me diga.

—Me equivoqué cuando elegí a Palmer como mi agente. Era el mejor... y ya ve en qué paró la cosa.

Howiston tendió un vaso grande y cuadrado a su visitante. Kentley paladeó un sorbito.

—Néctar de los dioses. —Calificó, tras un apreciativo chasquido de la lengua—. Señor Howiston, ¿ha hablado usted con la señora Palmer?

—No. ¿Por qué tenía que hablar con ella? Aunque la conocía, mi trato fue siempre muy superficial: un par de fiestas, algún encuentro casual en un restaurante... No la he visto desde el día de la encuesta, tras la muerte de su esposo. ¿Qué sentido tiene su pregunta?

—Usted no ignora que anteayer murió Mitt Fulbert, otro de los estafados por Palmer. Esta misma mañana he hablado con la señora

Chandler. Tanto ésta como la señora Fulbert recibieron sendas llamadas de Ada Palmer, en las que anunciaba una especie de venganza por la muerte de su esposo.

Howiston se puso serio.

—Ada Palmer tuvo que ser internada en un sanatorio poco después de la muerte de su marido —dijo—. Si cree que nosotros le matamos, es que no se curó y sigue enferma su mente.

—Es posible. De todos modos, no deje de avisarme si la señora Palmer le llamase por teléfono.

Kentley puso una tarjeta de visita sobre la mesa.

—En tal caso, añada que es urgente. Me llamarían en el acto, dondequiera que yo me encuentre. Gracias, señor Howiston.

Cuando abandonó el edificio de oficinas, en el que Howiston tenía su despacho, Kentley consultó su reloj. Petty Pearl le había indicado un nombre, pero hasta la noche no podría encontrar al individuo.

Como eran poco más de la una y media, buscó un lugar donde reconfortarse un poco. Pidió una hamburguesa y una cerveza y consumió todo, mientras pensaba en cuanto había visto y oído en las horas precedentes.

Palmer había vendido bonos y acciones por valor nominal superior al millón y medio de dólares. Sin duda había conseguido un millón. Pero eran muchos bonos y muchas acciones para realizar una operación semejante sin que nadie alzase la liebre antes de finalizada.

En cuanto a los cinco perjudicados, ¿era cierto que ninguno de ellos había tomado parte en aquella especie de asesinato ritual?

Howiston se había apresurado a hablar de una coartada. ¿Por qué? Nadie tenía por qué sospechar de él ni de los demás estafados. En cierto modo, más que estafador, Palmer había sido un ladrón.

Tras el almuerzo, pidió un café y lo saboreó, concentrado en sus reflexiones. ¿Era cierto que Rhoda Fairchild no había tenido nada que ver en los trapicheos de su jefe? Regresó al coche. Un zumbido sonó casi de inmediato y desenganchó el micrófono.

—Teniente Kentley. —Sonó una voz casi mecánica—, acuda al trescientos setenta y seis de Cresthill. La señora Chandler ha sido asesinada.

Había un agente femenino atendiendo a la llorosa doncella. El

sargento Gerard salió a recibir al recién llegado.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En la bañera, señor.

Kentley frunció el ceño. Conocía el camino y marchó a grandes zancadas hasta el cuarto de baño. El agua se había aclarado ya bastante y podía verse sin dificultad el blanco cuerpo, inmóvil bajo la superficie.

—¿El forense?

—A punto de llegar, señor.

—¿Qué dice la sirvienta?

—Llamó alguien. Abrió. Era una mujer y le tiró un chorro de gas a la cara. Casi en el acto, perdió el conocimiento. Cuando despertó, se encontró en la cocina, atada de pies y manos, vestida solamente con la ropa interior, que luego ha sido encontrada en el dormitorio de la víctima. Se supone que la asesina se vistió con el uniforme de la doncella.

—¿Por qué esa acción tan disparatada? —se sorprendió Kentley.

—Supongo que sería para acercarse a la señora Chandler sin levantar sospechas. Lo extraño del caso es que no hemos visto grandes charcos de agua en la bañera. Es posible que la asesina limpiase luego el suelo. Tras quitarse el uniforme, salió y... ahí queda eso.

—¿Cómo pudo avisar la doncella, si estaba atada?

—Más que nada, era para que la asesina pudiera marcharse sin dificultades. Debió de despertar media hora más tarde y se arrastró hasta el teléfono. Se sentó en el suelo, lo empujó con la frente y lo tiró al suelo.

—Sí, ya entiendo. Sargento, ¿sabe si Nancy vio el rostro de la mujer que asesinó a la señora Chandler?

—Desde luego, teniente.

Kentley sacó una fotografía de su bolsillo.

—Enséñesela —ordenó.

Gerard se alejó, para volver segundos más tarde.

—Es la misma, señor —informó.

Los labios de Kentley se contrajeron.

—Sargento, es preciso emitir una orden de busca y captura contra Ada Palmer, acusada de homicidio en primer grado —dijo.

CAPÍTULO V

El hombre estaba sentado en una mesa, junto a una rabia de formas exuberantes. Los dos estaban absortos en una común tarea la mar de interesante: hacían manitas, pero a lo bestia. Ella componía dengues y emitía risitas maliciosas. De pronto, el hombre acercó los labios a la oreja femenina y dijo algo.

—¡Uy, qué atrevido! —exclamó ella.

—Link es todo un Casanova. —Sonó de pronto una voz—. ¿Puedo sentarme?

Link Adams miró al recién llegado y emitió un bufido.

—Sargento, viene usted como un pedrisco cuando se está a punto de recoger la cosecha. ¿Por qué no se esfuma?

—¿Está ya en el bote? —sonrió Kentley.

—A punto de caramelo.

La rubia se había puesto seria.

—Oye, ¿quién es este fulano? —preguntó.

—Un «poli». Sue, te presento al sargento Kentley...

—Teniente. He recobrado el grado.

La rubia agarró el bolso.

—No quiero saber nada con la Policía —se despidió.

Link Adams emitió una obscena maldición.

—Deja a mis antepasados en paz —pidió Kentley—. Empecemos a hablar, ¿te parece?

—Sacúdase la pasta...

—Las narices te voy a sacudir, Link. Si sigues así, te llamaré por cierto apodo que te provoca ataques al hígado cada vez que lo oyes. ¿Entendido?

Adams volvió a gruñir. Tenía la cara casi redonda, plana, y los ojos saltones. Junto con la nariz un tanto chata y la boca enorme, su cuerpo formaba un conjunto nada armónico. Una vez había estado a punto de matar a un tipo que le aplicó el apodo de Sapo.

Sin embargo, para ciertas cosas tenía un cerebro privilegiado y Kentley lo sabía.

—Puedo darte treinta —dijo el policía—. Ya los justificaré en la cuenta de gastos.

—¿De qué se trata?

—Bonos y acciones por valor de más de millón y medio de dólares. Hubo un tiempo en que tú intervenías en esta clase de negocios.

—Eso fue cuando Custer y los sioux se peleaban por las praderas —contestó Adams.

—Cincuenta, Link.

El Sapo alargó una mano.

—Vengan. Saque su libreta y anote un nombre y una dirección. Yo me he retirado ya del negocio.

—¿De qué vives ahora?

—De dar «soplos» a la Policía... y de los favores que me otorgan algunas chicas como la rubia que usted ha espantado.

—Bonito oficio, sí, señor. —Kentley puso su libreta sobre la mesa—. Habla, Link.

Adams le dio el nombre y la dirección. Kentley quiso saber más detalles.

—Ese tipo vende de todo —declaró Adams—. Vendería la Casa Blanca, si se la llevaran, desde luego. Él no da un paso para buscar la mercancía.

—Le gusta que se la lleven a su casa, ¿eh?

—Hace bien. Yo intenté desbancarle una vez y tuve que retirarme con la velocidad del sonido.

—¿Por qué, Link?

—Me envió a dos de sus «amanuenses». Él los llama así, ¿sabe? Lo que pasa es que escriben con la punta de su navaja. La perspectiva de convertirme en no apto para determinadas funciones, quirúrgicamente, no me agradaba en absoluto.

Kentley se echó a reír y guardó la libreta.

—Gracias, Link. —Miró un poco de reojo—. La rubia ha «fichado» ya un cliente —informó.

—Voy a ver si me la llevo. Ese tipo no tiene encima ni para una taza de café —rezongó el Sapo.

El cliente de la rubia era un sujeto fornido, alto, de hombros

muy anchos, vestido de azul con *pullover* cerrado. Adams, por contra, pasaba muy poco de los ciento sesenta centímetros.

Kentley se quedó cerca de la puerta para observar la escena. De repente, vio que el fornido marinero alzaba en vilo a Adams. El Sapo chilló y perneó, en medio del jolgorio general. Unos segundos después, Adams quedaba colgado por la chaqueta de un gancho que en tiempos había sostenido una vieja lámpara.

El marinero y la rubia, enlazados por la cintura, salieron a la calle. Kentley había abandonado la taberna un poco antes.

Cuando llegaba a casa, tras abrir la puerta, oyó sonar el teléfono. Corrió hacia el aparato.

—Soy el sargento Gerard. Señor, la señora Palmer no está en su residencia habitual.

—¿Adónde ha ido?

—Nadie lo sabe, señor. El conserje dice que se fue hace un par de semanas, aunque no canceló el contrato de alquiler. Simplemente dijo que se iba de viaje. El conserje la ayudó a poner dos maletas en su coche. Eso es todo.

—La señora Palmer se ha escondido en alguna parte, Gerard. Escuche: es muy rubia, por lo que cabe se haya puesto una peluca. Sin embargo, hay algo que no se disfraza tan fácilmente y es la silueta, ¿comprende?

—Ha podido teñirse el pelo...

—Los testigos hablan siempre de una mujer rubia. A ella le vendrá mejor usar peluca negra. Gerard habrá que repartir dos fotografías de la señora Palmer. —Era una idea concebida súbitamente, como consecuencia de las palabras del sargento—. Una como la que yo tengo. La otra, una copia, pero con el pelo negro pintado por el dibujante de la Jefatura. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Kentley dejó el teléfono sobre la horquilla y se quedó unos instantes pensativo. De pronto, oyó una voz en la puerta:

—Mi pelo también es negro, teniente.

Hasta aquel momento no se dio cuenta Kentley de que se había dejado la puerta abierta. Rhoda aparecía en el umbral, con el impermeable puesto y un bolso en el brazo izquierdo.

—Habla de una posible asesina, señorita —dijo.

—Ada Palmer.

—¿Cómo lo sabe?

—He leído un poco el diario mientras cenaba. Otra víctima, ¿verdad?

—Señorita Fairchild, si no teme entrar por segunda vez en el departamento de un soltero, pase, pero no me gusta hablar con la puerta abierta.

—Antes lo hacía —sonrió Rhoda.

—Porque no me di cuenta. Tengo un café excelente, muy aromático.

—Usted es un caballero —sonrió la muchacha, a la vez que entraba y cerraba a sus espaldas.

—Lo dice porque no me conoce bien. De lo contrario, no hubiese vuelto a cruzar esa puerta.

—Hombre, no siempre nos vamos a encontrar en la cama —rió ella.

—La verdad, no he querido contarle a mis amigos. Parte por discreción, pero también porque no me habrían creído.

—Tampoco yo he dicho nada. Fíjese, despertar y ver que hay un hombre en la misma cama...

Kentley se echó a reír.

—Voy a preparar el café. Póngase cómoda, por favor.

Minutos más tarde, el joven regresaba con la bandeja en las manos. Rhoda se había quitado el impermeable. Ahora se veía su indumentaria; blusa blanca, cerrada, y falda muy sencilla, de color azul.

—El periódico dice que usted estuvo hablando con la señora Chandler poco antes de que fuese asesinada —manifestó Rhoda, mientras revolvía el azúcar de su taza.

—Es cierto.

—¿No vio a la señora Palmer cuando salía de la casa de la víctima?

—Cresthill es un distrito bastante poblado y con mucho tránsito de automóviles. Imagínese a usted misma, sentada tras el volante de un coche, con gafas de color oscuro y una peluca rubia, negra en el caso de la señora Palmer. ¿Verdad que se sentiría segura de no ser reconocida?

—Razonablemente, es preciso pensar como dice —ratificó la muchacha—. De modo que usted cree que se puso una peluca

negra.

—Sí, para entrar y salir del edificio sin ser reconocida.

—¿Por qué se la quitó después?

—Recuerde que Ada Palmer está un poco chiflada. Tiene la obsesión de la venganza. Eso la hace sentirse poseída por el complejo de exhibicionismo. ¿Sabe lo que eso significa?

—Ada quiere que la reconozcan sus víctimas.

—Sí.

—Pero si mueren, no pueden declarar después...

—Tras la muerte de Fulbert, un testigo al menos vio a la señora Palmer a poca distancia de la casa donde había cometido su crimen. Ese testigo reconoció a la asesina en una fotografía que se le enseñó, lo mismo que la doncella de Dorothy Chandler. Sí, Ada quiere que se sepa que es ella.

—En tal caso, parece razonable sospechar que querrá matar a los otros tres. Pero éstos se protegerán y no conseguirá sus propósitos.

—Señorita Fairchild, una mujer... una persona en el estado anímico de la señora Palmer, tiene la mente exacerbada. Por decirlo así, sufre un aumento de su cociente de inteligencia. Se vuelve infinitamente lista, astuta... A menos que encerremos a las posibles víctimas, ella conseguirá sus propósitos.

—Muy pesimista se siente usted —comentó Rhoda.

—Dadas las circunstancias, no puedo ser optimista. Por supuesto, ya he decretado que pongan protección policial a los tres restantes implicados en el caso, pero ni aun así estoy del todo seguro.

—Fue una estafa muy sonada —murmuró ella—. Lo malo es que se descubrió demasiado tarde, cuando Palmer había realizado ya los bonos y acciones de que era depositario.

—Y entonces, alguien le asesinó.

—¿Cree usted que fueron cinco personas?

—Ésa parece ser la opinión más generalizada. Podría ser... pero también cabe la posibilidad de que alguien quisiera hacer creer a la gente en esa especie de asesinato ritual.

—¿Quién, teniente?

—El hombre que gestionó la venta de los bonos y acciones, y que se quedó con todo. Ese hombre, sin duda, tenía que conocer el trasfondo de la operación.

Rhoda se estremeció.

—Matar a una persona de cinco tiros...

—En cierta ocasión vi el cadáver de un hombre muerto en un «ajuste de cuentas». El forense contó cincuenta y un impactos de bala.

—Es horrible —murmuró Rhoda.

—Sí.

Guardaron, silencio un momento. Luego, Rhoda se puso en pie.

—Es hora de que me retire —sonrió.

—Claro.

Kentley acompañó a la muchacha hasta la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió hacia ella.

—Señorita Fairchild, ¿de veras no recuerda nada que pueda ayudarme en mi investigación?

—Le dije todo lo que sabía —contestó Rhoda.

—Esfuércese en recordar. El menor dato, cualquier detalle, por ínfimo que sea, puede servirnos muchísimo.

Ella sonrió.

—Lo tendré en cuenta. Buenas noches.

Kentley cerró la puerta. Sacó la agenda y contempló unos instantes el nombre que le había facilitado Adams: Vance Ryan, Cresthill 890.

Ryan andaba por los cincuenta años y vestía impecablemente, pero nada podía ocultar su doble papada ni el vientre que chocaba contra la mesa de su despacho.

En la mano izquierda, de dedos regordetes, se veía un par de valiosos anillos. Sujeto por los dientes firmemente, Kentley divisó un cigarro de aromático perfume.

—Habano legítimo, deduzco por el olor —sonrió.

—En efecto —admitió Ryan.

—Ahora no entran en el país.

—He estado recientemente en Europa: Londres, París, Berlín... En Madrid había todos los que usted deseara. Cargué un buen montón de cajas.

—Oh, creí que tal vez en México... ¿Qué me dice de la aduana?

—Los aduaneros también son seres humanos. Repartí un par de cajas —rió el gordo. La papada le temblequeó como si la grasa que contenía se encontrase en estado líquido—. ¿No quiere uno,

teniente?

—El cigarro me gusta mucho, pero al cuarto de hora lo detesto. Sentiría mucho tener que dejar el ochenta por ciento de un costoso habano.

—A su gusto, teniente. ¿Qué más?

—Bonos y acciones por valor de más de millón y medio de dólares.

—No sé nada.

—Usted compra y vende de todo, señor Ryan.

—Tengo mala fama.

—Justificadísima.

Ryan seguía sonriendo, pero sus ojos eran dos pedazos de cristal de roca.

—Hay cosas que uno no puede evitar. Conozco a una famosísima artista de cine, a la cual encontraron una vez con una íntima amiga haciendo comparaciones anatómicas. Eso lo hacen a veces las mujeres: «Yo lo tengo más bonito que el tuyo... No, no, el tuyo es precioso; es un pecho encantador; yo sí que necesito un poco de corrección estética...». Pues bien, a esa artista, por otra parte de un temperamento volcánico, le aplicaron desde entonces el calificativo de lesbiana y ya no se ha podido librar de ello.

—Señor Ryan, no divague. No he venido aquí para escuchar una conferencia sobre anormalidades sexuales ni chismorreos de sociedad.

—Se lo juro, teniente. —Dramáticamente, Ryan se puso las manos sobre el pecho rebosante de grasa—. No sé nada de esos bonos.

Kentley miró la caja de habanos que había sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo en Madrid? —preguntó:

—Oh, hará cosa de seis semanas, aproximadamente. Si quiere, puedo decirle fechas exactas...

—No será necesario, señor Ryan. Antes ha dicho que estuvo en Europa.

—Acaba de oírlo, teniente.

—Sí, he oído un itinerario: Londres, Berlín, París, Madrid... pero quizá se ha olvidado usted alguna ciudad europea.

—¿Cuál, por favor, teniente?

—Una ciudad suiza, no sabría decirle: Zúrich, Berna, Lucerna...

La sonrisa de Ryan se mantuvo fijamente. Kentley prosiguió:

—También allí compran de «todo» y guardan «todo» en las cajas fuertes de los Bancos suizos. Y, lo que es más importante, no hacen preguntas. El dinero, cualquiera que sea la forma en que se presenta: oro, plata, diamantes, bonos o acciones, no tiene olor. Es siempre dinero.

Kentley se puso en pie.

—Ha sido una conversación muy instructiva —se despidió.

Cuando se sentó tras el volante, descolgó el micrófono de la radio y llamó a su oficina.

—Necesito saber los viajes que Vance Ryan ha hecho a Europa en el transcurso de los dos últimos años —dijo.

CAPÍTULO VI

El sargento Gerard entró en la oficina con una carpeta en la mano.

—Informe forense, señor —dijo—. En él se contiene la explicación de por qué no se encontraron rastros de agua en el suelo del cuarto de baño de la señora Chandler.

Kentley se repantigó en su sillón.

—A ver, explíquemelo usted mismo —pidió.

—El forense ha observado en la cabeza rastros de un buen tirón de pelo. Esto indica que la asesina agarró a su víctima por el cabello, para empujarla a aquella pequeña piscina que es la bañera. Naturalmente, la señora Chandler cayó de bruces. En esos momentos se pierde siempre la iniciativa. La asesina, por tanto, la sujetó boca abajo con uno de los taburetes del baño, posiblemente, arrodillada junto al borde. Imagínese a usted mismo en esa posición: hasta un chiquillo podría inmovilizarle.

Kentley asintió, muy impresionado.

—Se necesita estómago para ver morir así a una persona —dijo—. No sé si algún día me veré yo en un trance semejante, pero en lo que a mí se refiere, acabaría de un tiro; no tendría valor para estar aguantando un taburete cinco minutos o más.

—El caso es que sí, inmediatamente después, hubiera sido atendida, la víctima habría podido salvarse. Recuerde que se encontró boca arriba y la ahogaron boca abajo. Algún movimiento espasmódico la hizo girar, pero ya había perdido el conocimiento y no pudo sacar fuera la nariz.

—Hay algo que no acabo de entender, sargento. ¿Por qué la señora Palmer tuvo que vestirse con las ropas de la doncella?

—No está bien aclarado. A menos que la señora Palmer quisiera acercarse a su víctima sin provocar recelos, para evitar el fracaso de sus propósitos homicidas.

—Pudo haber usado el revólver con silenciador, con el que mató a Fulbert.

Gerard hizo una mueca.

—Quizá, en este caso, deseó que la víctima sufriese más. Era una mujer, recuérdelo. Es posible que, además de la venganza en sí, la señora Palmer tuviese otros motivos de resentimiento. La muerta era también muy guapa y, según parece, el señor Palmer, aunque tenía en casa a una especie de «miss mundo», no paraba de revolotear en torno a otras mujeres.

—La señora Chandler era ya una cuarentona.

El sargento soltó una risita.

—Teniente, hay ciertos individuos que son víctimas de su propia libido, como dicen los psiquiatras. El vulgo dice que, en llevando faldas, cualquier cosa es buena para esos tipos. Y aunque ya fuese madurita, la señora Chandler tenía todavía mucho que mirar.

Kentley asintió. Sí, había visto viva a Dorothy y era una mujer todavía de considerables atractivos.

Alzó el índice.

—Gerard, hay que ponerse a rastrear sobre la vida amorosa de Lee Palmer —indicó—. ¿Se han repartido las copias de las dos fotografías?

—Sí, señor. Mire, la que se ha hecho con el pelo negro.

Kentley contempló la fotografía de Ada Palmer, en la que el dibujante policial había pintado una cabellera negra. Aunque se advertía que el rostro era idéntico, el cambio era muy notable. Para un observador superficial, las fotografías parecerían pertenecer a dos mujeres distintas; y el hecho se acentuaría si la observación se realizaba al natural, durante muy corto tiempo y acaso en malas condiciones de luz.

—Es posible que Lee Palmer fuese un conquistador, pero, a su vez, era un marido burlado —dijo.

—¿Cómo lo sabe usted, teniente? —se asombró Gerard.

—Me lo ha dicho quién podía saberlo, pero volveré sobre el particular —respondió Kentley—. Vaya, sargento, y averigüe cuántos viajes ha hecho Ryan a Europa y si puede ser también, las ciudades que haya visitado.

—Sí, señor.

El teléfono sonó en aquel momento.

—Kentley —dijo el joven, después de acercarse el aparato a la cara.

Sonó una alegre risa femenina.

—Te has vuelto un hombre famoso —dijo Vera—. No hago más que leer tu nombre en los periódicos y escucharlo en los comentarios de la radio y la televisión.

—Vamos, Vera, no exageres. ¿Acaso me crees un Kojak?

—Eres mucho más guapo y tienes pelo en la cabeza. Y yo he recibido un par de botellas de champaña que tienen cuarenta años.

—Claro, hoy día, Eva no usa una manzana, sino champaña.

—Y una preciosa *negligé*, en lugar de la hoja de parra. Podrás admirarla esta noche, si quieres.

—Trataré de encontrar el tiempo necesario. ¿De acuerdo?

—Completamente de acuerdo, Archie.

Kentley dejó el teléfono sobre la horquilla. Sí, descargar un poco la mente mediante un rato de conversación con la hermosa Vera Ames podía resultar interesante.

La cafetería estaba casi frente a las oficinas de la Research Chemical. A las doce y media, Kentley vio cruzar la calle a una encantadora muchacha, bajo un paraguas semiesférico, transparente, y con impermeable amarillo y botas altas.

Rhoda Fairchild se sintió muy asombrada al ver que la invitaban a almorzar.

—Un soborno por parte de la policía —dijo Kentley sonriendo.

Ella se había quitado ya el impermeable. Kentley apreció complacido las suaves redondeces del pecho, que se marcaban bajo el *pullover* de liviano tejido que ella llevaba puesto.

—No tengo nada que añadir a lo que ya he dicho —contestó Rhoda.

—Pida primero el almuerzo. Luego, yo preguntaré.

—Está bien.

Una camarera tomó nota del pedido. Luego, Rhoda apoyó los codos sobre la mesa, y la barbilla en las manos.

—¿Y bien?

—Usted me habló de cierto nerviosismo que observó en su jefe.

—Sí.

—Y lo atribuyó a ciertos problemas conyugales.

—Es verdad.

—¿No serían más bien problemas femeninos?

—¿Qué quiere decir, teniente?

—Nuestros informes señalan que Palmer era un... conquistador, por no decirlo de otra forma. —Vino la camarera con el pedido y Kentley aguardó a que Rhoda hubiera sido servida—. Tener una esposa muy guapa no significaba que a Palmer no le gustasen las demás mujeres.

—A todo hombre le gustan todas las mujeres, ¿verdad?

—Bien, pero una cosa es que le gusten y otra que ande tras ellas... o con ellas. Usted es estudiante de psicología, recuerdo.

—En efecto.

—La libido de Palmer era muy acentuada. Esa clase de hombres no... no paran nunca, ¿comprende?

—Pero yo creía que él estaba nervioso por causa de su esposa.

—O quizá porque andaba liado con otra mujer y ésta, a su vez, le engañaba también. Rhoda se quedó muy pensativa.

—Pudiera ser —murmuró—. Si consiguiera recordar el nombre que él mencionó en cierta ocasión...

—Inténtelo. Oiga, voy a sugerirle una cosa.

—Dígame, teniente.

—De cuando en cuando, pierda un cuarto de hora en repasar la guía telefónica. Tal vez encuentre ese nombre o alguno parecido, ¿comprende?

—Lo haré.

—Gracias, Rhoda.

La chica sonrió.

—Se presenta difícil el caso, ¿eh?

—Desde luego. Pero acabaremos saliendo adelante. Las presuntas víctimas tienen adecuada protección policial. Ada Palmer ya no podrá cometer más crímenes y, tarde o temprano, la atraparemos.

—Ojalá sea como dice. De todas formas, le tengo cierta simpatía. Es una mujer muy hermosa y amaba sinceramente a su esposo. Para ella tuvo que resultar un choque terrible el asesinato.

—Sí, desde luego. Ayúdeme, Rhoda.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Lo haré... aunque no sea más que por recordar el lugar en que nos conocimos —respondió.

Kentley se echó a reír.

—Todavía lo guardo en secreto —manifestó.

—Y yo, Archie.

La joven, ataviada con ropa de calle, se asomó a la puerta del salón.

—Señora, si no necesita algo más de mí...

—Gracias, Petty —contestó la señora Howiston, a la vez que se ponía en pie—. Usted tiene su día libre y yo voy a salir también. Me reuniré con mi esposo para cenar fuera; no se preocupe de dejar luego preparado nada de comida.

—Bien, señora.

A las siete en punto, llegó un coche frente a la casa de los Howiston. El dueño se apeó malhumoradamente.

—No me gusta llevar constantemente una sombra pegada a mis talones —rezongó.

—Lo siento, señor —dijo el detective Breuer—. Me han encomendado protegerle y debo hacerlo.

—Está bien, ahora voy a casa a darme un baño y cambiarme de ropa. He quedado citado con mi esposa en el Shelley's y temo que llegaré tarde. Entre, podrá tomarse una copa mientras tanto.

—Bien, señor.

Los dos hombres cruzaron el jardín. Howiston abrió la puerta de la casa. Breuer lo contuvo con la mano. Sacó el revólver y entró el primero.

—Revisaré las habitaciones —dijo.

La inspección resultó infructuosa. Al terminar, Breuer volvió a la sala y se sirvió una copa.

Mientras, Howiston había ido al baño. Abrió la puerta y empezó a quitarse la bata. De pronto, notó que la puerta giraba sobre sí misma.

A través del espejo, divisó una mujer enteramente vestida de negro. En la mano derecha, cubierta por un guante también negro, divisó un revólver con silenciador.

—Ada...

—Sí. Voy a matarte, Arthur.

El revólver emitió un leve chasquido. Howiston se tambaleó y cayó de rodillas, todavía de espaldas a la asesina.

Sonó otro chasquido. Ahora, Howiston pareció empujado por la

bala y cayó de bruces.

La asesina dio media vuelta. En completo silencio, abandonó la casa.

Transcurrió media hora. El agente Breuer frunció el ceño.

El silencio en la casa era absoluto. Breuer sintió cierta inquietud.

—¡Señor Howiston! —llamó, tras ponerse en pie.

Nadie le contestó. Breuer corrió al dormitorio. La ropa del dueño de la casa estaba allí, intacta. El policía sintió un helado escalofrío.

Del dormitorio pasó al baño. Creyó que le daba un síncope.

Howiston yacía en el suelo, boca abajo, sobre una gran mancha de sangre. Sin embargo, se movía ligeramente.

Breuer oyó un jadeo. Se arrodilló.

—Señor Howiston, ¿quién ha sido?

—Ella... Ada... Palmer...

Howiston había levantado un poco la cabeza. De pronto, Breuer oyó un tétrico choque. La frente de la víctima acababa de apoyarse en el suelo del cuarto de baño.

Breuer se levantó de un salto y corrió hacia el teléfono, maldiciendo amargamente de todo y de todos, y también de sí mismo.

La puerta se abrió. Kentley recorrió con ojos deslumbrados la figura que tenía frente a sí. A contraluz, la silueta de Vera se recortaba nítidamente bajo el fino tejido que la cubría.

—No te quedes ahí parado —dijo ella, a la vez que alargaba una mano.

Kentley emitió unos sonidos inconexos. Vera le miró asombrada.

—¿Qué dices?

—Trato de aprender a hablar de nuevo.

Vera rió alegremente, mientras se colgaba del brazo de su invitado.

—¿Tan guapa me encuentras? —preguntó.

—Has destruido por unos momentos la conexión entre mi cerebro y los órganos de la fonación. Vamos, que se me enredaban las palabras. Quería decirte tantas cosas a la vez...

—Eres encantador, querido. ¿Probamos el champaña?

—La manzana del siglo Veinte —suspiró él.

Kentley se acercó al cubo donde reposaba la botella y empezó a quitar los alambres que sujetaban el corcho. Vera, indolente, se

había sentado en el enorme diván que formaba parte de la decoración. Había una sola lámpara encendida en el extremo opuesto. La sala quedaba así en una discreta penumbra.

Kentley acercó las copas. Levantó la suya.

—Por la *negligé*. —Brindó.

—No me decepciones, hombre.

—¿Por qué lo dices, Vera?

—Creí que ibas a brindar por lo que hay debajo.

Kentley la miró por encima de su copa. Tomó un sorbo y luego se sentó junto a aquella hermosa mujer.

—Eres arrebatadora —dijo.

Vera entornó los ojos.

—¿Lo crees así?

—Nos conocimos hace algunos días. Nunca lo olvidaré.

—Archie, ésta es la ocasión de renovar el conocimiento.

Kentley pasó el brazo por la cintura de la joven. Le pareció que no llevaba ropa. El tejido era de lo más fino que había visto en su vida.

Ella entreabrió los labios. Kentley percibió el cálido palpitante de sus senos. Dos bocas se juntaron en un cálido beso.

Durante unos momentos, el hombre y la mujer permanecieron estrechamente enlazados, olvidados por completo de cuánto les rodeaba, fundidos en un solo cuerpo. Luego, Vera deshizo el abrazo y se puso en pie, a la vez que tendía una mano a su invitado.

—Ven —dijo, incitante.

Kentley se puso en pie. Repentinamente, el teléfono pareció estallar en un estridente repiqueteo.

Vera torció el gesto.

—Algún inoportuno que se habrá equivocado...

Levantó el aparato y escuchó un momento. De pronto, se estremeció fuertemente.

—Para ti, Archie.

Kentley se apoderó del teléfono y dio su nombre.

—Teniente, venga inmediatamente —dijo el sargento Gerard—. Howiston ha sido asesinado.

La mano de Kentley dejó caer lentamente el teléfono. Vera le contemplaba intrigada.

—¿Qué pasa, Archie? —preguntó.

—Otro asesinato.

Ella se puso una mano en la boca.

—¡Cielos! —musitó—. ¿Ada Palmer?

Kentley lanzó una maldición.

—Pusimos protección policial, pero no ha servido de nada —dijo, furioso—. Esa mujer es infernalmente astuta.

—Tiene que serlo a la fuerza —convino Vera. Suspiró—. Imagino que podemos dar por perdida la botella de champaña.

Kentley acarició suavemente la mejilla de la joven.

—Lo siento de veras —dijo.

—No te preocupes. Otro día será.

Vera lo acompañó hasta la puerta.

—Te llamaré mañana —sonrió.

—Claro. Adiós.

Kentley salió al pasillo. Pero ¿cómo diablos había podido Ada Palmer burlar la vigilancia del agente encargado de la protección de Howiston?

CAPÍTULO VII

El agente Breuer estaba sentado, con la cabeza entre las manos, terriblemente abatido.

—Ese chico está deshecho —musitó el sargento Gerard—. Hace poco que pasó a la División de Homicidios. Se considera un fracasado, casi era su primera misión.

—Supongo que registraría bien toda la casa.

—Sí, pero ella estaba mejor escondida.

—¿Debajo de alguna cama o diván, tal vez?

—No, teniente. Venga, por favor.

Los sanitarios se habían llevado ya el cadáver. Kentley entró en el cuarto de baño.

Estaba dividido en dos piezas: el baño propiamente dicho y los aseos. La segunda pieza era algo más pequeña. Sobre el dintel de la puerta, había un saliente alargado, destinado a colocar útiles de limpieza, una especie de estante, de unos treinta centímetros de ancho y metro y medio de largo.

—Vea el taburete. Ella lo puso en el aseo, trepó arriba y se situó ahí, bien encogida. Breuer abrió la puerta y asomó la cabeza, pero, naturalmente, no miró hacia arriba. Creo que a nosotros también nos habría pasado lo mismo, teniente.

Kentley asintió.

—De acuerdo; pero, dígame, ¿cómo supo ella que podía encontrar solo a Howiston?

—Hoy era el día libre de la doncella. La señora Howiston había salido primero a la peluquería. Luego iba a reunirse con su esposo en el Shelley's, donde tenían mesa reservada. Howiston vino a cambiarse de ropa, directo desde la oficina.

—Y ella lo cazó aquí.

—Sí, señor, aunque Howiston vivió lo suficiente para pronunciar el nombre de su asesina.

De repente, se oyó un agudo chillido en el otro lado de la casa.

—Es la señora Howiston. Está bajo los efectos de un ataque de histeria. Ya hay un médico atendiéndola.

—Eso significa que hoy no podremos interrogarla —rezongó Kentley—. ¿Han interrogado a los vecinos?

—Tengo a cuatro hombres en la tarea. Pronto recibiremos sus informes, señor.

Ada Palmer otra vez, suspiró Kentley.

—¿Quién dijo que su inteligencia se había multiplicado, debido al ansia de venganza? —murmuró.

Abandonaron el cuarto de baño. Breuer se acercó a los dos hombres.

—Teniente, me siento terriblemente avergonzado... Soy el culpable de la muerte...

Kentley le puso una mano sobre el hombro.

—Será mejor que se vaya a casa —dijo—. Todos estamos expuestos al fracaso, pero ello nos da experiencia para el futuro.

La casa, aunque elegantemente decorada, era un tanto antigua. Ello explicaba, probablemente, el estante sobre el cuarto de aseo.

—Y Ada debía de conocer muy bien la topografía de esta residencia —dijo, como si hablase consigo mismo.

—Es natural —contestó Gerard—. Eran seis matrimonios, bastante amigos. Hubo un tiempo en que se daban fiestas los unos a los otros. Ada no podía fallar.

—Pero ¿cómo diablos pudo entrar en la casa, sin que lo notase la señora Howiston?

—Es el día libre de la criada, señor —le recordó el sargento.

—Está bien. Gerard, tiemblo solamente de pensar en lo que me va a decir el jefe mañana.

—Póngase tapones en los oídos. Somos hombres, no dioses. Usted hizo lo que correspondía. ¿Cómo prever el siguiente movimiento de Ada Palmer?

—Tiene usted razón. Bien, hablaremos con la señora Howiston cuando el médico nos dé su permiso.

Un hombre, con un maletín en la mano, apareció en la sala.

—He tenido que aplicarle un sedante a la señora Howiston —informó—. Dormirá diez o doce horas. Kentley se volvió hacia Gerard.

—Deje a una agente femenino, sargento. Dígale que nos avise en cuanto despierte la señora Howiston.

—Bien, señor.

Más que cansado, se sentía frustrado y hasta desmoralizado, cuando abrió la puerta de su departamento. Casi de un tirón, se quitó la corbata. Luego lanzó la chaqueta sobre una silla.

Destapó una botella. Bebió un trago y respiró profundamente. Entonces, oyó unos nudillos en la puerta.

Abrió. Era Rhoda.

—Hola —sonrió la muchacha.

Kentley se echó a un lado.

—¿Café o *whisky*? —dijo.

—Nada, gracias. Está preocupado, observo.

—Sí. Ada Palmer se ha apuntado ya la tercera pieza.

—Una mujer lista, evidentemente.

Kentley se sentó en un butacón, con el vaso en las manos.

—El ansia de venganza la hace ser más lista de lo corriente —dijo.

—¿Seguro que es el ansia de venganza?

Los ojos de Kentley escrutaron el rostro de la muchacha.

—Usted tiene una teoría. —Adivinó.

—Sí, pero es sólo una teoría.

—Bien, suéltela.

—El dinero no ha aparecido.

—Eso es muy cierto.

—Las víctimas, e incluso los supervivientes, se han quejado de que Palmer les estafó. La estafa es más importante de lo que se piensa.

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente, ellos se pusieron de acuerdo con Palmer para la venta de los bonos y las acciones. Luego, Palmer escondió el botín y se negó al reparto. Entonces, lo asesinaron.

—Pero ello les impedía recobrar el dinero, Rhoda.

—Y ellos impidieron que Palmer disfrutase de su botín.

—Es cierto.

—Además, debe darse cuenta de otra cosa. Los bonos y las acciones no les pertenecían estrictamente, salvo en una pequeña proporción. Eran inversiones de las empresas para las que

trabajaban. Estaban autorizados para confiarlos a un agente. Claro que ellos podían tener sus propios ahorros, pero, aproximadamente, no serían en una cifra superior al diez por ciento de lo que declaró cada uno les había sido estafado.

—Ésta es una perspectiva completamente nueva del asunto, Rhoda. ¿Cómo no se me habrá ocurrido pensarlo antes?

—Porque dio por sentado que los bonos y las acciones pertenecían realmente a las víctimas de la estafa.

—Es verdad. Sin embargo, Dorothy Chandler no era ejecutivo de ninguna empresa. Realmente, vivía de las rentas...

Rhoda sonrió.

—¿No me habló este mediodía de la poderosa libido de Palmer?

—¡Oh! —exclamó él—. Creo que comprendo.

—Tal vez, en tiempos, Palmer y la Chandler fueron amantes. Y quizá seguían viéndose de cuando en cuando. Por esa misma razón, ella le confió sus bonos y acciones. Pero también creo que no intervino en la conspiración para la estafa. Sólo debió de tomar parte en la conjura para el asesinato. Cómo puede comprender fácilmente, cuando estalló el escándalo, los otros se enteraron de que Dorothy Chandler había perdido también unos cuatrocientos mil dólares. Entonces, la buscaron para que tomase parte en la venganza. Ella, acaso despechada y no sólo por la pérdida de una importante suma, sino tal vez por sentirse desplazada en las atenciones amorosas de Palmer, accedió al plan que le propusieron.

—Estoy de acuerdo con usted, Rhoda. Pero usted ha dicho antes que no se trata solamente de vengar un asesinato. ¿Cuál es el otro motivo que impulsa a Ada Palmer?

—Archie, en alguna parte hay un millón de dólares. Ellos lo saben, algunos lo sabían, porque ya han muerto. Pero Ada Palmer está decidida a que nadie se lleve ese botín. Lo quiere para ella sola.

Hubo un momento de silencio. Kentley se frotó la mandíbula vigorosamente.

—Rhoda, es usted una especie de mujer con una antorcha, que ilumina la noche negra —dijo al cabo—. ¿Dónde cree que pueda hallarse el dinero?

—¿Se le ha ocurrido pensar en la cabaña que los Palmer tenían en las inmediaciones de Aurora Lake?

Kentley parpadeó.

—Quizá Ada se esconda allí —exclamó.

—Personalmente, no lo creo, aunque pudiera suceder. Pero el dinero tal vez... —respondió la muchacha.

Kentley consultó su reloj de pulsera.

—Mañana tendré que hablar con una persona —dijo el hombre—. Pida permiso en su oficina. Después del almuerzo, iremos a Aurora Lake. ¿Le parece bien?

—Espléndido —sonrió Rhoda—. Le serviré de guía con muchísimo gusto.

El habano se movía nerviosamente en los dientes de Ryan. Sentado frente a él, Kentley había recitado una serie de fechas. En la frente de Ryan había una fina película de sudor.

—En todas estas fechas, usted hizo viajes a Europa. Son siete viajes en total, si contamos dos años y medio. Es posible que alguno de esos viajes, los primeros, fuese usted a llevar a Suiza algo que no tuviera relación con el asunto, pero no cabe duda de que, en varias ocasiones, transportó diversos paquetes de bonos y acciones. Allí, seguramente, los negoció... y ésta es la forma mejor de borrar el rastro de los compradores.

Ryan había permanecido silencioso mientras el joven hablaba. Al terminar, dijo:

—No tengo nada que ver con ese asunto, teniente.

—Está bien. Obtendré un mandamiento judicial e investigaremos sus cuentas corrientes. En esta ciudad, es usted la única persona capaz de proporcionar un millón de dólares a un estafador.

—Tendrá que esforzarse mucho por demostrarlo —contestó Ryan, desafiante.

—No tengo prisa. Usted me paga por trabajar y obtener resultados, no importa el tiempo que tarde.

—¿Cómo? ¡Yo no le he pagado...!

Kentley sonrió.

—Es usted un contribuyente —aclaró—. Los que pagan impuestos quieren resultados. Prefieren la rapidez, pero también se conforman con que los casos sucios se resuelvan, aunque se tarde mucho tiempo.

Se puso en pie.

—Le ordeno oficialmente no abandonar la ciudad —agregó—. Por supuesto, no le considero implicado en la muerte de Palmer,

aunque tampoco debo descartar las sospechas por completo. Sin embargo, donde sí le creo verdaderamente complicado es en la venta de los bonos y acciones. Buenos días.

Ryan quedó a solas, mordiendo furiosamente su cigarro. Aquel maldito oficial de policía...

De pronto, tocó el timbre. A los pocos segundos entró un sujeto alto, fornido, de rostro inexpresivo.

—Lefty, creo que voy a necesitarte —dijo.

—¿El teniente?

—Ojalá pudiera, aunque no debemos desechar la posibilidad. Pero quizá tenga un punto flaco. Busca a Rustler. Quiero que os enteréis de ese punto flaco. ¿Entendido?

—Déjelo de nuestra cuenta, jefe.

El camino serpenteaba en las montañas. Cuando llegó al punto más alto, los dos ocupantes del coche descubrieron un panorama esplendoroso.

—El día que tenga dinero me construiré una casita junto al lago —dijo Rhoda.

Kentley, al volante, sonrió.

—Sí, es un paisaje realmente encantador. Un río, un lago, árboles, hierba, flores en la primavera, nieve en las montañas en el invierno... Cuando me case, yo también pensaré en esa cabaña.

—Costará dinero, Archie.

—Tengo dos mil dólares ahorrados. Puedo encontrar una buena ocasión.

—¡Caramba, para mí, es usted un potentado! Todos mis ahorros ascienden a cincuenta y seis dólares con cuarenta centavos.

—¿No es usted la que dijo había conseguido un ascenso en la empresa?

—Sí, pero el dinero se me ha ido en acomodar mi nueva vivienda. Y en la compra de algunos libros. También un poco de ropa, Archie.

—Lógico —convino él.

Un cuarto de hora más tarde, ella indicó un ramal del camino que ascendía por una ladera de suave pendiente. Casi en la cumbre, se divisaba una cabaña de lujoso aspecto.

Kentley paró el coche y se apeó. Con las manos en las caderas, contempló el edificio, cuya entrada se hallaba protegida por un

extenso porche. Luego se volvió. El paisaje que se divisaba desde aquella altura era realmente excepcional.

—Palmer tuvo buen gusto —dijo.

—Ganaba dinero —le recordó Rhoda.

Kentley se acercó a la casa. Estaba cerrada y no había señales de que nadie la ocupase en aquellos momentos.

El garaje era un cobertizo abierto. Examinó el suelo; las escasas señales que había le dijeron el mucho tiempo transcurrido desde que los dueños de la casa guardaron allí su vehículo.

Y entonces, cuando se disponía a subir al porche, oyó el estampido de un arma de fuego.

CAPÍTULO VIII

Las columnas que sostenían la marquesina eran delgadas, de madera torneada. El proyectil hizo volar por los aires un puñado de blancas astillas.

Rhoda lanzó un grito de susto. Kentley cargó con el hombro y la derribó al suelo. El invisible tirador hizo otro disparo.

Esta vez, la bala dio en un cristal y penetró en el interior de la casa. Kentley oyó el ruido de un jarrón que volaba en pedazos.

Casi enseguida, percibió el distante rumor de un coche que arrancaba a toda velocidad. Inmediatamente, se puso en pie.

—¡Siga aquí, Rhoda! ¡No se mueva!

Kentley se lanzó hacia el coche. Dio el contacto, pisó el pedal de gas y salió disparado. A lo lejos, vio un automóvil que tomaba de una forma suicida las numerosas curvas de la carretera.

De repente, oyó una explosión. El automóvil empezó a zigzaguar. Otra rueda estalló sonoramente. Kentley dio un pisotón al freno y lo soltó en el acto. El coche bandeó amenazadoramente y quedó al fin atravesado sobre el camino.

Maldiciendo en silencio, se apeó y contempló las ruedas destrozadas. Se inclinó y recogió una tachuela de cuatro puntas. Había bastantes esparcidas por el camino.

Rhoda gritó desde la casa. Kentley agitó la mano.

—Estoy bien —dijo a voz en cuello.

La muchacha descendió a la carrera.

—Creí que se mataba. ¿Qué le ha pasado?

—Una artimaña de la super-inteligente Ada Palmer.

Disparó contra nosotros y luego quiso evitar la persecución.

—Esta vez usó un rifle.

—Así es, aunque, por fortuna, no debe estar habituada a un arma de semejante clase. Pero tiraba a matar.

—No comprendo. Si es tan lista, debe saber que, aunque usted

muriese, otro proseguiría la investigación.

—Bueno, a veces, hasta el más listo comete errores —sonrió Kentley. ¿O tal vez había disparado contra Rhoda?

Por si acaso, prefirió callar, para no alarmarla.

—Bien, vamos a echar un vistazo a la casa. Luego llamaré por radio para que me envíen repuestos —dijo.

—¿Por qué no lo hace ahora?

—No quiero que me estropeen la tarde. Hace un día maravilloso después de tanta lluvia —contestó él.

El registro resultó infructuoso.

—Podríamos conseguir algo si arrasáramos la casa, pero eso no es posible —dijo Kentley, decepcionado, una hora más tarde.

Cuando volvieron a casa, era ya bien entrada la noche. El teléfono sonó apenas había abierto Kentley la puerta.

Corrió hacia el aparato. Era Petty Pearl.

—Ven —dijo—. Tengo algo urgente para ti.

—Dímelo por teléfono.

—No puedo.

—Petty, si buscas algo...

—Claro que lo busco, pero ya me imagino que hoy no conseguiría nada —rió la Zorra—. De todos modos, te interesa.

Petty colgó el teléfono. Rhoda estaba en el umbral.

—Tengo que salir —dijo.

—¿Algo malo?

—No, un confidente. —Kentley no quiso decir que se trataba de una mujer—. Los policías no conseguiríamos muchas veces sacar adelante un asunto, si no fuese por los «soplones».

—No tengo dinero, pero lo pediré al Departamento —dijo Kentley.

Petty sonrió, mientras se sentaba en la mesa, con su habitual despliegue de piernas enfundadas en negro.

—Eres demasiado atractivo para que te pida dinero —contestó—. Archie, esto es cosa del Sapo. Lo conoces, creo.

—Sí.

—Ha venido a verme. Hace algunos días, te habló de los «amanuenses» de Ryan.

—En efecto.

—Hoy ha visto a uno de ellos, un tal Lefty, no sé más. Parece ser

que Lefty iba preguntando por una chica que a veces sale contigo.

—No hemos estado juntos ni media docena de veces —contestó Kentley—. Si sólo me has llamado para eso, Petty...

—Usa la cabeza, tonto —contestó ella ásperamente—. Esa chica, ¿qué es para ti?

—Una amistad, simplemente. Vivimos en la misma casa, en la misma planta, eso, es todo.

—¿Es bonita?

—Mucho. Petty, por todos los diablos, ¿a qué viene esto?

—Archie, quizá los «amanuenses» de Ryan piensen que ella es tu novia o algo por el estilo. A ti no te harán nada, no se atreverán; pero ella es otra cosa. Pueden forzarte a que «descuides» un poco el caso, ¿comprendes?

Kentley se puso pálido.

—Si le hacen el menor daño...

—A mí no me extrañaría en absoluto. Si yo estuviese en el sitio de esa muchacha, miraría mucho por mi cara. No me gustaría que escribiesen un recadito para mí, con la punta de sus navajas.

El joven asintió.

—Petty, lo tendré en cuenta —dijo—. Y te pagaré.

Ella se subió todavía más la falda.

—Bonitas, ¿eh?

Kentley admiró la carne blanca y sedosa que había más arriba de la media.

—Preciosas —contestó.

Y cuando ya estaba en la puerta del reservado, se volvió y dijo:

—Se me ha ocurrido una idea. Voy a darles un susto tal a los «amanuenses» de Ryan, que van a odiar sus navajas a partir de ahora.

—¿Cuál es la idea, Archie?

—¿No preferirías que te lo contase después de ejecutada?

—Será un placer —contestó Petty.

Los dos hombres avanzaron lenta y cautelosamente por el corredor. El silencio era absoluto, dada la hora, muy lejos ya de la medianoche.

Lefty se detuvo ante la puerta señalada con el número 19.

—Aquí —susurró.

Rustler sacó una delgada cartulina de plástico y la introdujo en

la ranura que había entre la puerta y el marco. Hizo un poco de presión y la cerradura cedió.

—Ya está.

Lefty empujó un poco. De pronto, oyó un chasquido.

Algo cayó al suelo. Con ojos desorbitados por el terror, Lefty vio la granada de mano, desprovista de la anilla, que había caído en el umbral.

—¡Corre! —aulló—. ¡Una bomba!

Rustler no se hizo repetir la indicación. Los dos hombres, enloquecidos por el pánico, se lanzaron en busca de la escalera.

De repente, oyeron una voz a sus espaldas:

—¡Alto o disparo!

Lefty levantó las manos en el acto.

—Hay una bomba que va a explotar...

—Es sólo la «cáscara» —rió Kentley.

Rustler lanzó una horrible blasfemia al darse cuenta del engaño. La bomba tenía que haber estallado ya, pensó.

Involuntariamente, hizo un gesto de furor. Kentley dijo:

—Cuidado, tengo el revólver en la mano.

Lefty se irguió.

—Usted es el teniente Kentley —dijo.

—Sí, el mismo.

—Ha perdido el tiempo. No puede acusarnos de nada.

—Se equivoca, amiguito. Sus huellas están impresas en la puerta. La acusación será violación de domicilio, con ánimo de robar.

—No he entrado...

—Ha abierto la puerta sin permiso de su ocupante. En cuanto a usted, Rustler, estaba con Lefty. Se encuentra en libertad bajo palabra y le está prohibido acompañar a delincuentes.

Rustler se volvió hacia su compinche.

—Todavía podemos sacudirle...

—Vuélvanse, por favor.

Los dos hampones obedecieron. Junto a Kentley había tres hombres, dos de ellos con uniforme.

—Sargento, lléveselos —ordenó Kentley.

Dos pares de esposas chasquearon segundos más tarde. Lefty y Rustler, abatidos, desaparecieron de la escena.

Envuelta en una bata, Rhoda se acercó al joven.

—Usted tenía razón —murmuró.

Kentley le pasó una mano por los hombros.

—Váyase a dormir tranquila —dijo—. Esos tipos ya no la molestarán más.

—Tendré que tomar un sedante...

—No se lo aconsejo. Agárrese a un libro sobre psicología, cuanto más pesado mejor, y no lo digo en sentido físico. Antes de media hora, será un leño.

Rhoda sonrió.

—Creo que es un buen consejo —repuso.

Kentley volvió a su departamento. Buscó un número en su agenda y levantó el teléfono.

El timbre sonó largo rato. Al fin, le contestó una voz soñolienta:

—¿Sí?

—Ya está hecho, jefe.

—¿Qué...?

—Lo que usted mandó. Le hemos escrito su mensaje en la cara. Ha quedado preciosa.

—¡Animal! Y para decirme eso, ¿tienes que despertarme a las tantas de la madrugada?

—Hombre, jefe; yo creí...

—Eres un bestia. Decirme eso por teléfono...

Sonriendo, Kentley sacó un pañuelo y lo puso ante el micrófono. Luego, aflautando un tanto la voz, dijo:

—Esta conversación ha sido debidamente grabada. Cortesía del Departamento de Policía.

Kentley oyó una horrible maldición. Quitó el pañuelo y lanzó una alegre carcajada.

—Ryan, sus chicos van camino de Jefatura. Olvídese para siempre del objetivo señalado. ¿Entendido?

Kentley se figuró al sujeto en la cama, sudando a mares. Dejó el teléfono sobre la horquilla, estiró los brazos y bostezó.

Era hora de irse a dormir, pensó.

Bruce Grotton era un sujeto alto, delgado, de ojos hundidos, que se parapetaban detrás de unos lentes con montura de oro. Aunque la ropa era cara, Kentley estimó que le flotaba un poco sobre el cuerpo casi esquelético.

—Ya dije cuánto tenía que decir —manifestó Grotton de mal humor—. No tuve que ver nada con el crimen, ni mucho menos con la estafa...

—Los bonos y acciones no le pertenecían a usted.

—Tenía poderes de la empresa para custodiarlos y, en caso necesario, venderlos.

—Pero el que los guardaba era Palmer.

—Está permitido por la ley. Yo di cuenta al consejo de administración de mi decisión y la aprobaron. No hay nada de lo que tenga que avergonzarme, salvo, tal vez, haber puesto mi confianza en quien no la merecía.

—Quizá por eso le obligaron a dimitir.

—Era lógico. La estafa me perjudicó enormemente. Por fortuna, logré rehacerme.

—Sí, ya veo —convino Kentley, mientras paseaba la vista a su alrededor—. ¿Cuál era el importe exacto de los bonos y acciones que se llevó Palmer?

—En cifras redondas, trescientos veintidós mil dólares.

—Lo que encuentro extraño es que su empresa no le hiciera responsable de esa pérdida.

—Me ofrecí a pagarla con mis bienes, pero no lo aceptaron. Se contentaron con la dimisión. Además, tenían concertado un seguro. No perdieron nada, créame.

—¡Ah, un seguro! —murmuró Kentley—. No lo sabía.

—Yo mismo lo contraté cuando ascendí a aquel cargo. Eso prueba mi buena fe, ¿no?

—O quizá prueba todo lo contrario.

—Está ofendiéndome, teniente.

Kentley se levantó.

—Usted y los demás son sospechosos de haber estafado a sus empresas y, tal vez, también lo son de asesinato. Por suerte, no tenemos la menor prueba, pero anda por ahí suelta una persona a la que no le importan las pruebas, ¿comprende?

Grotton palideció.

—Tengo derecho a protección policial —dijo.

—Y se la hemos concedido. Pero ello no le libra de las sospechas.

El teniente Kentley regresó a su oficina. Los dos supervivientes,

Grotton y Werther Lindstrom, eran quizá los más duros de pelar.

Cuando entró en el despacho, encontró al sargento Gerard examinando una carpeta.

—¿Algo de nuevo, sargento?

—Una cosa muy extraña, señor. Uno de mis hombres ha hablado con el empleado de una gasolinera, situada a la salida norte de la ciudad. Comentaban este jaleo, derivado de la muerte de Palmer, y el empleado ha recordado que la noche en que éste murió, varias personas compraron cubitos de hielo en bolsas... Usted ya sabe, ese hielo prefabricado...

—Sí, lo sé; pero ¿qué tiene que ver esto con el caso?

—Pues al empleado, Toby Ward, así se llama, le extrañó que cada una de aquellas cinco personas comprase dos y hasta tres bolsitas de hielo en una noche que diluviaba. Recuerde que Palmer murió a finales de primavera.

—Bueno, aunque no haga demasiado calor, en una fiesta particular, se consumen muchos cubos de hielo y no siempre bastan con los del frigorífico.

—Eso es cierto, teniente, pero resulta que Ward recuerda a alguno de los compradores. Uno de ellos ha muerto ya: Fulbert. Los otros dos viven todavía: Grotton y Lindstrom. Cree que hubo otro más, pero no está seguro. De la mujer, Dorothy Chandler, no puede decir nada.

—Demasiado hielo para una fiesta en la que sólo intervinieron cinco personas —comentó Kentley.

—Si pensaban nadar en una tina de *whisky* helado, había más que suficiente —sonrió Gerard—. En cuanto a la señora Chandler, quizá lo compró en otra parte.

—De todas formas, no le veo la relación que pueda haber entre el hielo y la muerte de Palmer. ¿Qué otras noticias puede darme?

—Ha llamado Petty Pearl. Dice que de esta noche no pasa. O le paga o prescindirá de usted para siempre.

—A eso se le llama chantaje —dijo Kentley con una sonrisa—. No sé si podré acudir; aunque lo intentaré de todos modos. Gerard, haga que los encargados de proteger a Grotton y Lindstrom tengan los ojos bien abiertos.

—Sí, señor.

CAPÍTULO IX

Ahora eran dos los agentes que protegían a Grotton. El hombre, por precaución, había enviado fuera a su mujer. A pesar de todo, se sentía terriblemente nervioso.

Después de acabar la jornada de trabajo, regresó a su casa. Los dos policías revisaron a fondo la residencia y cerraron puertas y ventanas. Las cortinas quedaron corridas. Grotton estaba a punto de estallar.

Cuando los agentes hubieron terminado su inspección, Grotton preparó bebidas. Tenía su vaso en la mano y se disponía a tomar un trago, cuando sonó el teléfono.

Grotton alargó la mano hacia el aparato. Uno de los agentes le hizo señas de que esperase y corrió hacia el supletorio del teléfono. El otro quedó en la puerta, para servir de enlace visual. Cuando su compañero levantó el teléfono, hizo un gesto con la mano y Grotton se llevó el auricular a la oreja.

Una voz cavernosa llegó a sus oídos:

—Pronto te cubrirá el negro manto de la muerte, miserable traidor. —Sonó una risa burlona—. Ésa es una manera de anunciarte que, pese a la protección que pueda concederte la policía, estás sentenciado. Los que mataron a mi esposo no pueden seguir con vida.

Sonó un *click*. El agente que estaba junto a Grotton llamó frenéticamente a Jefatura y pidió que localizasen la llamada. Era una demanda de rutina; hartó sabía que se había efectuado desde alguna cabina de la calle.

Precavido, sacó su revólver y comprobó la carga. Luego se acercó a una de las ventanas que daba a la calle y separó ligeramente las cortinas.

Fuera, en el exterior, todo era normal. Había vuelto a llover y el asfalto brillaba en la noche. La circulación era casi nula.

El otro policía fue a la parte posterior. No había ningún indicio de que alguna persona sospechosa fuese a acercarse a la casa.

A pesar de la lluvia, la temperatura dentro de la casa resultaba excesiva. Grotton sudaba a chorros. Había tomado un par de *whiskys* y se movía de un lado para otro, como fiera enjaulada.

—Señor Grotton —dijo uno de los policías—, voy a darle un consejo: tómese un sedante y vaya a la cama. De otro modo, acabará usted por explotar como un petardo de feria.

Grotton se pasó la mano por la frente.

—Sí, creo que lo haré —dijo—. Antes voy a ducharme... Creo que una buena ducha me calmará.

El agente lo acompañó hasta el dormitorio, para que cogiera su pijama y la bata, y luego al cuarto de baño, que revisó por segunda vez. Después salió, mientras Grotton empezaba a quitarse la ropa.

Transcurrieron algunos segundos. De repente, los dos policías oyeron un grito horroroso.

Un cuerpo humano chocó sordamente contra la bañera. Los policías entraron en el cuarto de baño. El aspecto de Grotton, con la piel extrañamente enrojecida, los ojos a punto de saltar de las órbitas y la boca torcida en una grotesca mueca, era espantoso.

El agua seguía cayendo sobre el desgraciado. Uno de los agentes se abalanzó hacia la bañera, con objeto de cerrar los grifos, pero su compañero lo retuvo por un brazo.

—Busca el interruptor general —ordenó.

El policía comprendió en el acto. Las luces de la casa se apagaron momentos más tarde. Volvieron a encenderse, cuando el grifo de la ducha estuvo cerrado y el cuerpo de Grotton tendido en el suelo del cuarto de baño.

La pierna derecha se agitaba todavía con pequeños movimientos espasmódicos.

Al escote de Petty Pearl le faltaba más tela que la que había en el resto de la blusa. La falda, como de costumbre, era muy corta y ajustada a unas caderas rotundas.

—Estaba seguro de que vendrías —dijo.

Kentley se quitó el impermeable.

—Espero que no suceda nada malo —sonrió.

—¿Por qué?

—He dejado este número de teléfono.

—Oh, no quieres perder el contacto...

—Efectivamente.

Petty onduló hacia el visitante y le puso los brazos sobre los hombros, aunque con los cuerpos todavía ligeramente separados.

—De todos modos, no te he llamado solamente para cobrar —sonrió.

—¿Sí?

—Ya me he enterado de lo que les sucedió a los «amanuenses». Pero Lefty y Rustler hacían solamente trabajos sencillos. Cuando Ryan necesita un trabajo de importancia, emplea a otras personas.

—¿Por ejemplo?

—Ahora va a «importar» un pistolero profesional. No sé más detalles, pero es seguro que el hombre de la pistola vendrá de Chicago o de Nueva York. Y esa clase de tipos cumplen siempre sus «contratos». Luego se esfuman como los fantasmas. Son hábiles y certeros, ¿sabes?

Kentley asintió preocupadamente. De todas formas, aquella noche, Rhoda estaba segura. Él mismo había vigilado la instalación de una sólida cadena de seguridad y una segunda cerradura. Rhoda no abriría a nadie, sin cerciorarse previamente de su identidad. Si el visitante alegaba ser un policía, ella le pediría el nombre y telefonaría a Jefatura, antes de abrir. Por otra parte, era chica que no acostumbraba a recibir visitas de hombre en su departamento.

—Haré que vigilen todos los accesos a la ciudad —contestó.

—Muy bien. ¿Una copa, Archie?

—Gracias.

La entrevista tenía lugar en el departamento privado de Petty, situado directamente sobre la taberna. Kentley se sentó en un diván. Ella se inclinó para servirle, con el cuerpo en ángulo recto con las piernas.

—La contemplación del panorama es gratuita —rió, maliciosamente, mientras ponía una buena dosis de *whisky* escocés en el vaso de Kentley.

—Y no hace falta catalejo que funcione con una moneda.

—Oh, el tiempo de contemplación es ilimitado.

—Petty, ¿quieres emborracharme?

—¿Por qué lo preguntas, Archie?

—Veo que no has llenado más que un solo vaso...

Petty se sentó sobre las rodillas del joven.

—Somos dos, es cierto, pero sólo necesitamos un vaso — contestó ardorosamente.

De repente, sonó el teléfono. Kentley, sobresaltado, se sentó de golpe.

—Para mí. —Adivinó.

—¡Maldición! —exclamó Petty—. Creo que me han estropeado la velada.

Kentley saltó del lecho y corrió hacia la salita. Levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Hola, teniente. Soy Ada Palmer. —Oyó—. Le participo que Grotton ha muerto. Adiós.

Kentley se quedó helado. La sala era claramente visible desde el dormitorio. En realidad, se trataba de una gran estancia, con una puerta muy ancha, pero sin batientes. Cuando era preciso, unas cortinas separaban una pieza de la otra.

Sentada en la cama, con las sábanas sobre el pecho, Petty le miraba intrigada.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—Ada Palmer acaba de anunciarme la muerte de Grotton.

Petty lanzó un agudo chillido. Kentley volvió el teléfono a su sitio.

—¿Cómo diablos pudo saber que estaba aquí? —murmuró, sumamente intrigado.

—Tal vez te siguió...

—No. Lo habría advertido. He venido mirando más al retrovisor que delante del coche. Por otra parte, permanecí unos minutos cerca de la puerta de tu local, aguardando dentro del automóvil. No vi nada sospechoso. Ella no me siguió, te lo aseguro.

Petty estaba enterada ya de las teorías de Kentley sobre la exacerbada inteligencia de Ada Palmer.

—Es terriblemente astuta —comentó—. Mata a Grotton, pese a que estaba protegido por dos policías y, además, tiene el cinismo de anunciártelo.

Kentley volvió al dormitorio, se sentó en una silla y empezó a ponerse los pantalones.

—Tengo que irme —dijo.

De pronto, sonó el teléfono nuevamente.

—¿Teniente Kentley? Hace unos minutos, llamó la señorita Fairchild preguntando por usted. Dijo que era muy urgente y le facilitamos ese número de teléfono...

—¡Rhoda! —exclamó Kentley sin poder contenerse—. Oiga, telefonista, ¿tiene usted alguna noticia sobre la muerte de Grotton?

—No, señor —contestó la interpelada, muy sorprendida—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Déjelo, no tiene importancia. Avise inmediatamente al sargento Gerard, dondequiera que esté. Dígale que he recibido aviso de la muerte de Grotton. Pudiera tratarse de una broma... pero conviene comprobarlo.

—Bien, señor.

Kentley usó el teléfono de nuevo. La voz de Rhoda no tardó en sonar en sus oídos.

—Éstas no son horas de despertar a una señorita —dijo la muchacha.

—Rhoda, ¿por qué ha llamado usted a Jefatura, preguntando por mí?

—¿Cómo dice? ¿Es usted, Archie? ¿Sí? Archie, le aseguro que no he llamado a Jefatura...

—Gracias, dispense.

Petty había abandonado la cama y estaba envuelta en una bata.

—Te haré café —se ofreció.

—Déjalo, no tengo tiempo.

Kentley terminó de vestirse. Cuando terminaba, el teléfono funcionó una vez más.

—Teniente, soy el agente Cartwright. El señor Grotton sobrevivió algunos minutos. Intentamos hacerle la respiración artificial, «boca a boca», pero todo resultó inútil...

—¡Por todos los diablos! —gritó el joven, exasperado—. ¿Quiere decirme lo que ha pasado?

—Había una conexión de corriente a la ducha. Grotton murió electrocutado, señor.

Gerard le tendió los periódicos al día siguiente. Kentley los apartó a un lado malhumoradamente.

—Conviene conocer las críticas, pero no los insultos —rezongó, mientras abría de nuevo la carpeta del casa Palmer—. Demasiado me imagino los calificativos que nos aplican. ¿A qué dicen algo

sobre la inconveniencia de usar tractores para arrastrar arados, cuando hay policías que podrían sustituir perfectamente a las mulas?

Gerard sonrió.

—Bueno, no hay para tomárselo tan a la tremenda, señor —dijo—. La electrocución en el baño era algo que sólo se le podía ocurrir a Ada Palmer.

—Sí, pero Grotton está muerto. Y lo peor es que Ada lo anunció previamente. Incluso me llamó a mí, fingiéndose Rhoda Fairchild.

—A menos que sea realmente Rhoda, señor.

—Usted también sospecha de ella, ¿verdad?

—Nuestra obligación es sospechar de todos, señor.

—Ya he investigado. La casa donde vivo no tiene salida posterior. La vía de escape para incendios da a la parte delantera y está cerrada con llave ordinariamente. El conserje asegura que ella no salió de casa, después de regresar de su trabajo.

—Ada Palmer está bien informada de sus actividades, señor.

—Sí —convino Kentley pensativamente—. Es probable, incluso, que conociese a Rhoda. A fin de cuentas, era la secretaria de su esposo.

De pronto, golpeó con el índice uno de los documentos de la carpeta.

—Gerard, creo que tengo la solución de las bolsas de hielo —dijo.

El sargento miró a su superior con gran interés.

—¿Sí?

—Las declaraciones de Toby Ward pueden destruir cinco coartadas. Claro que a cuatro de ellos ya no les importa.

—Caramba, señor, no me imagino...

De pronto, tocaron en la puerta. Una oficial femenino asomó la cabeza.

—Teniente, el señor Lindstrom —anunció.

—Hágalo pasar, por favor. Gerard, quédese.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años, elegante, de rostro perfectamente rasurado y nariz aguileña, entró en el despacho.

—¿Teniente?

—Le presento al sargento Gerard —dijo Kentley—. Siéntese, por favor, señor Lindstrom.

El hombre obedeció. Kentley apreció que, pese a su aparente serenidad, se humedecía la lengua con los labios.

—Señor Lindstrom, anoche murió Grotton —empezó el joven—. Es usted el único superviviente de los que asesinaron a Palmer y le vamos a proteger, cueste lo que cueste. En realidad no será demasiado difícil, porque le voy a arrestar, acusado de homicidio premeditado.

—No es cierto. Yo no intervine en aquel crimen...

—Señor Lindstrom... Usted presentó una coartada, pero yo voy a demostrar que fue falsa —siguió Kentley, impassible—. Hay un testigo que le recuerda, porque compró dos bolsas de hielo en cubitos prefabricados. La noche en que murió Palmer, diluviaba. Había empezado a llover al atardecer y el boletín meteorológico anunciaba un temporal, que podía durar un día o dos. El clásico temporal con el que se suele despedir la primavera, ya que Palmer murió a finales de mayo.

»Bien la temperatura era cálida, como corresponde a esas pequeñas olas de calor que se producen en primavera, cortadas bruscamente por un temporal de agua. Pero ese descenso de temperatura no se iba a producir hasta la madrugada siguiente. Para entonces, claro, hacía ya muchas horas que se había descubierto el crimen.

»Ustedes, los cinco perjudicados, acordaron matar a Palmer, porque les había engañado. Palmer hizo bueno el refrán: “Quien roba a un ladrón...”, ya que, a fin de cuentas, ustedes pensaban robar a sus empresas. Pero cuando se dieron cuenta de que no pensaba repartir el botín del millón, decidieron asesinarlo y, a fin de que ninguno de los cinco quedase como inocente, acordaron que cada uno dispararía un tiro.

»Lo hicieron así, en el porche de su casa, al aire libre, bajo la lluvia. Inmediatamente, cubrieron el cuerpo con hielo. Sabían que el hielo se fundiría, pero también que adelantaría notablemente la frialdad del cuerpo, con lo que el crimen parecería cometido, al menos, una hora antes. Eso es lo que declaró el forense y así pudieron salvarse con sus coartadas. A la hora en que murió Palmer, ustedes estaban todavía con personas que les recordaban perfectamente. Perdieron el dinero, pero Palmer no disfrutó de su botín. Ése es el cálculo que se hicieron, ¿no es cierto?

Lindstrom se desmoronó en su asiento, a la vez que se cubría la cara con las manos.

Hubo un momento de silencio. Luego, Kentley hizo un gesto:

—Gerard, llame a un taquígrafo. Hemos de tomar declaración al señor Lindstrom —dijo.

—He leído los periódicos —sonrió Rhoda—. Las noticias son sensacionales.

Kentley, sentado en el diván del departamento de Rhoda, tomó la taza de café que le ofrecía la muchacha.

—El caso Palmer está aclarado, pero la viuda sigue libre. Lo que sucede es que no sabemos dónde está, aunque, al menos, la quinta víctima podrá vivir.

—Le mataron entre los cinco —murmuró ella, sentándose frente al joven.

—Sí. Un tiro cada uno. El rito de la venganza en común, si se quiere, pero también la común precaución de que ninguno se convirtiese en un delator. Durante dos años, es preciso reconocerlo, todo les ha marchado estupendamente.

—Hasta que Ada Palmer, curada, mejor dicho, dada de alta en el sanatorio, decidió pasar a la acción.

—Rhoda, usted conoció a Ada.

—Sí, bastante.

—¿Qué opina de ella?

—Amaba intensamente a su esposo.

—¿Era celosa?

—Al menos, no lo demostró delante de mí.

—Usted me dijo en cierta ocasión que Palmer se sentía nervioso, a causa de otro hombre. ¿Cree a Ada capaz de ser infiel a su esposo?

Rhoda hizo un gesto ambiguo.

—Personalmente, no. Pero ¿quién puede asegurar nada de lo que sucede en el interior de las personas? Tal vez Ada tuvo una aventurilla fugaz y él se enteró... Aunque sigo insistiendo, bajo mi punto de vista personal, que Ada no era capaz de traicionar a su marido.

—Es un dato muy digno de tener en cuenta. Pero lo que más me intriga es su habilidad para esconderse, después de cometidos sus crímenes. ¿Dónde diablos se oculta?

—Lo siento —sonrió Rhoda—. No tengo respuesta para esa pregunta.

CAPÍTULO X

El hombre se apeó de su coche, de aspecto corriente, y caminó hacia la puerta del hotel. Otro hombre le cerró el paso, a la vez que le enseñaba una insignia.

—Queda detenido —anunció.

Barry Rafferty miró a derecha e izquierda. Había dos agentes de uniforme a ambos lados de la puerta. Un coche patrulla se detenía en aquel momento.

—No tienen motivos para detenerme —dijo.

Kentley se apoderó del maletín que el sujeto llevaba en la mano derecha. Los policías de uniforme se acercaron y le cachearon rápidamente.

—No lleva ningún arma encima, señor —informó uno de ellos.

—Bien, lleven el coche del caballero al depósito de la Policía y revísenlo a fondo. Aunque me imagino que el arma favorita del señor Rafferty debe de estar en este maletín —sonrió Kentley.

—Todo ciudadano tiene derecho a poseer un arma, siempre que haya conseguido la licencia correspondiente —arguyó Rafferty.

—Muy bien, lo comprobaremos en Jefatura. Venga conmigo, por favor.

Rafferty caminó junto al oficial. En su despacho, Kentley abrió el maletín y encontró un revólver del calibre 38. Rafferty enseñó su licencia, expedida en el estado de Nueva York.

—Esta detención es injustificada... —dijo—. Presentaré una reclamación por medio de mi abogado.

Kentley se quedó muy pensativo. Realmente, y pese a las sospechas, Rafferty tenía todo el derecho a poseer un arma. Pero le disgustaba mucho soltarle, ya que tenía la plena convicción de que había venido para asesinar a Rhoda. Ryan era hombre que no perdonaba las derrotas.

De repente, se fijó en el asa del maletín.

Era un poco más grande de lo normal, de forma cilíndrica y de unos veinte centímetros de largo. Casi parecía más bien el asa de la portezuela de algún autobús o tranvía muy antiguo.

La parte cilíndrica del asa estaba rematada en dos discos de metal brillante, de unos cinco milímetros de grosor, que sostenían las varillas planas unidas al borde superior del maletín. De repente, acometido por un presentimiento, Kentley agarró con dos dedos uno de aquellos discos y le dio media vuelta hacia la izquierda.

Miró a Rafferty. El sujeto había palidecido.

Kentley siguió dando vueltas al disco. Luego levantó el maletín y lo inclinó hacia la derecha. Un cilindro de color azul oscuro, pavonado, cayó sobre la mesa.

Kentley se reclinó en su sillón, con las manos cruzadas sobre el estómago.

—Señor Rafferty, como usted ha dicho muy bien, todo ciudadano tiene derecho a poseer un arma, pero *exclusivamente* para su defensa personal. Si yo no fuese un policía y quisiera tener un revólver, no compraría un silenciador; antes al contrario, me interesaría hacer ruido con los disparos, para atraer la atención de los agentes de la ley. ¿Ha comprendido bien mis argumentos?

Rafferty se pasó una mano por los labios.

—De todos modos, no puede probar nada...

—El juez encontrará ilegal su posesión de un silenciador. En esta ciudad hay decenas o quizá cientos de personas que disponen de armas para su defensa personal. Si supiéramos que una de esas personas tiene un silenciador, procederíamos a su arresto inmediatamente. Que es lo que voy a hacer yo en su caso, máxime sabiendo que ha sido «contratado» por un tipo llamado Vance Ryan.

Rafferty calló durante unos instantes. De pronto, exclamó:

—Teniente, le propongo un trato.

—¿Qué me va a dar usted a cambio de que le deje libre, aunque le decomisemos el arma? —sonrió Kentley.

—Información.

—Sabemos quién le contrató y el nombre de la persona destinada a ser su víctima. No necesitamos más, Rafferty.

—Es usted un poco ingenuo, teniente. Conforme, dejaré el arma y el silenciador, pero usted cancelará la orden de arresto. Ryan me ha llamado en efecto, aunque usted no puede probar nada. Sabe,

incluso, el nombre de la persona que debía morir, lo cual es saber más que yo, puesto que desconozco ese detalle. Sin embargo, puedo darle una información muy valiosa.

Kentley titubeó. Rafferty parecía hablar en serio. Sin embargo, le fastidiaba enormemente tener que soltar a un asesino profesional.

Pero ¿podría retenerle sin pruebas?

—Hable primero y decidiré después —respondió al cabo.

—Teniente, cuando tengo que hacer un trabajo, procuro estar bien informado del lugar donde debo operar —declaró cínicamente el pistolero—. Es más, en ocasiones me ha convenido cambiar de rostro.

—Y se ha disfrazado con gafas y un bigote falso.

—Oh, no, no soy tan anticuado —rió Rafferty—. Uso máscaras. Conozco a un tipo que hace maravillas. A usted le convertiría en el comisario MacMillan y ni el propio Rock Hudson notaría la diferencia.

—Menos mal que no ha dicho el teniente Colombo.

—Usted es más alto y fornido que Peter Falk.

—Bien, Rafferty, no me impaciente. Hable de una vez.

—De acuerdo. Hace cosa de un par de meses, una mujer encargó a mi amigo una máscara, de acuerdo con una fotografía que le enseñó. Vi esa fotografía y, créame, era una mujer guapísima.

De pronto, Kentley sintió un presentimiento y sacó una cartulina del cajón central de la mesa.

—¿Era ésta la máscara que le encargaron a su amigo? —preguntó.

—Sí —contestó Rafferty de inmediato—. ¿Verdad que es toda una belleza?

—De acuerdo. ¿Cómo trabaja su amigo?

—Oh, cuando tiene la fotografía, prepara el molde de la cara en arcilla, que luego endurece en un horno. Después, vierte una negra capa de plástico fundido sobre el molde... No sé cómo lo hace, porque es un procedimiento de su invención... Bien, cuando el plástico se ha solidificado, da comienzo al proceso de coloreado de las facciones. Esa máscara es tan fina como un guante de goma de cirujano, de modo que se amolda perfectamente a las facciones de la persona que quiere disfrazarse. Si hay alguna diferencia, pone luego un poco de relleno interior y así el parecido es absoluto.

—Oiga, eso debe de costar carísimo. Sé que se venden máscaras con facciones de personajes célebres, pero son imitaciones que se descubren a primera vista. Claro que son máscaras para bailes de disfraces y para dar bromas a la gente, pero esto es muy distinto, mucho más serio.

—La verdad, teniente. Cuestan cinco mil.

—No trabaja barato su amigo, Rafferty.

—Los artistas no son nunca baratos, teniente.

—Sí, ya me imagino. Ahora, Rafferty, dígame si su amigo mencionó algo acerca de la mujer que le encargó la máscara. ¿Le dijo qué aspecto tenía?

—Ya lo creo: morena, pelo muy negro, esbelta... Incluso me dio el nombre. ¿Se lo digo?

—Estoy esperándolo —contestó Kentley.

—Rhoda Fairchild.

El sargento Gerard entró en la oficina.

—Le veo muy preocupado, teniente.

—Sí, lo estoy —reconoció Kentley.

—Rafferty ha salido de la población. Parecía irse muy contento.

—He tenido que dejarle libre, aunque he decomisado su revólver y el silenciador. Pero me ha dado una magnífica información a cambio.

Gerard agarró una silla y se sentó frente a su superior.

—Soy todo oídos —sonrió.

—No sabemos dónde está Ada Palmer. Incluso puede que haya muerto. La mujer que cometió los crímenes no fue ella. Usaba una máscara que era una perfecta reproducción de sus facciones.

—¡Diablos! —se sorprendió el sargento.

—Rafferty tiene motivos para saberlo. El fabricante de máscaras es íntimo amigo suyo y se lo contó. No es un artesano, es un artista y sólo hace máscaras por encargo, a razón de cinco mil la unidad.

Gerard silbó.

—Un poco caro... aunque el que encarga una máscara a ese tipo, espera sacar grandes beneficios —comentó.

—En este caso, el beneficio de un millón de dólares.

—La inversión de cinco mil, en tal caso, resultaría altamente rentable. Pero ¿quién encargó la máscara?

—Rhoda Fairchild.

La boca del sargento formó una enorme O mayúscula.

—Increíble —dijo.

—El fabricante de máscaras le dio, no sólo el nombre, sino la descripción física de Rhoda. No hay dudas al respecto.

Gerard hizo una mueca.

—Teniente, yo no acabo de creerlo —manifestó—. Uno se engaña a veces, pero el olfato profesional, cuando se llevan veinte años en la Policía, hace conocer a las personas. Esa chica no ha sido.

—Pero Rafferty...

—Rafferty puede decir todo lo que quiera, teniente; ni siquiera sabemos si lo ha declarado así por despecho. Tampoco sabemos si Ada Palmer está viva o muerta; lo único cierto es que se trata de una mujer de gran inteligencia. Suponiendo que fuese Ada, ¿por qué no tomar el nombre de la secretaria de su marido? La señora Palmer es muy rubia, pero la idea de la peluca negra es cosa de usted, teniente.

Kentley hizo un gesto de asentimiento. Los argumentos de Gerard le parecían muy respetables, aunque en el fondo no eran sino opiniones personales.

—Tendré que hablar con ella —dijo.

Gerard se puso en pie.

—La máscara fue hecha en Nueva York, creo.

—Sí.

—Esto es Bowmer City, Colorado, teniente, a casi tres mil millas de distancia. Si la señorita Fairchild encargó esa máscara personalmente, tuvo que hacer un viaje a Nueva York.

—Pudo hacerlo perfectamente en un fin de semana.

—Claro. Y recibir la máscara por correo. Pero dígame, teniente, con toda sinceridad: ¿cree a la señorita Fairchild capaz de saber quién fabrica máscaras tan perfectas?

—Pues... —dijo Kentley, irresoluto.

—De todos modos, es fácil saber si Rhoda hizo o no un viaje a Nueva York, hará cosa de dos meses, aunque ese viaje durase solo un fin de semana.

Gerard abandonó la oficina. Kentley quedó solo, entregado a sus pensamientos.

De repente, sonó el teléfono.

—Me tienes muy descuidada —dijo Vera.

—Oh, perdona —contestó él—. He tenido mucho trabajo...

—Sí, ya leo los periódicos. Pero yo conozco un medio infalible para descargar tu mente de preocupaciones.

—¿Con la manzana del siglo xx?

—¿Te parece mala medicina?

—Me parece maravillosa —contestó Kentley.

CAPÍTULO XI

Los labios de Vera Ames eran rojos y su cuerpo cálido y palpitante de vida. En la penumbra, Kentley encendió un cigarrillo. Vera se lo quitó apenas había aspirado la primera bocanada de humo.

—Apuesto algo a que ahora te sientes menos preocupado —dijo.

—Hay varios puntos que siguen oscuros —contestó Kentley.

—¿Por ejemplo?

—El paradero de Ada Palmer. Nadie sabe dónde está.

—Aquí tenía casa. La habréis registrado, supongo.

—El conserje dijo que se marchó, sin dejar dirección.

—Si estaba chiflada, como dicen...

—¿Después de dos años? Hemos indagado en la clínica. Nos aseguraron que su curación era total.

—Bueno, puede que eso se refiera a ciertos aspectos de la mente, pero no a la obsesión por vengar al esposo muerto.

—Es posible —convino Kentley.

—¿Cuál es el otro punto oscuro? —preguntó Vera.

—El dinero.

—Ah, un millón de dólares.

Vera lanzó un chorro de humo a lo alto.

—Si yo lo tuviera... —suspiró.

—¿Qué harías? —sonrió él.

—Comprarte.

Kentley respingó.

—Pero ¿es que te crees...?

—Tonto, lo decía en sentido figurado. Pero sí me apoyaría en ese dinero para hacer que dejaras la Policía.

—A mí me gusta, Vera.

—Yo te haría cambiar de opinión.

—Tal vez. Pero dime, ¿de verdad necesitas el dinero para atraer

a los hombres? Cuando te vi la primera vez, no pensé si eras rica o pobre. Aunque ya veo que vives bien.

—Tengo una pequeña renta —contestó ella.

—Y no trabajas.

—¿Recuerdas lo que te dije la primera noche? Tú me preguntaste qué hacía y yo te contesté: «El amor».

Vera dejó el cigarrillo a un lado y volteó ansiosamente hacia Kentley.

—Pero no soy una profesional —agregó.

Sus labios buscaron ardorosamente los del hombre. Pasó mucho rato antes de que hubiera palabras entre los dos.

—Estoy segura de que cada vez tienes menos preocupaciones —sonrió Vera.

—Tú eres un poco como el alcohol —contestó él—. Haces olvidar, pero no borras los problemas por completo.

—De todas formas, me parece que soy mejor que una borrachera.

—Nadie lo duda, cariño. —Kentley se sentó—. Tengo que irme. Vera.

—¿Tan pronto?

—Mañana he de acudir al trabajo.

—No lo olvidas —suspiró ella—. Archie, ¿crees que llegarás al fondo del asunto?

—Tarde o temprano, eso es lo que sucederá.

—Bueno, ahora ya se sabe cómo murió Palmer y quién le mató. Sin embargo, me parece que has olvidado un punto importante del problema.

Kentley miró sorprendido a la hermosa mujer que tenía a su lado.

—¿Cuál es el punto olvidado? —preguntó.

—Una mujer.

—Palmer estaba casado. Su esposa era guapísima.

—Eso no es garantía de fidelidad. Conocí una vez a un hombre que tenía un cuadro valiosísimo, de un pintor antiguo, de mucha fama. Él se pasaba las horas muertas contemplando el cuadro. A la tercera vez que lo vi, me pareció horrible.

—En tal caso, quizá puedas decirme algo de la mujer... que sedujo a Palmer.

—Todo hombre con un empleo de cierta importancia, tiene una secretaria. La de Palmer era muy bonita.

Kentley arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Vera sonrió sibilinamente.

—Hubo un tiempo en que Palmer se encargaba de ciertas acciones, que son las que me proporcionan la renta que me permite vivir cómodamente —respondió—. Pero otro agente, conocido mío y de toda confianza, me dio un «soplo» respecto a Palmer y le retiré los poderes. Como tuve que ir a su oficina en varias ocasiones, conocí a la secretaria. Se llamaba... si mal no recuerdo... Rhoda Fairey...

—Fairchild —puntualizó él.

—Sí, eso es. Es más, un día la sorprendí en brazos de Palmer.

Kentley miró fijamente a su bella interlocutora.

—Vera, no me gustaría que me engañases en este aspecto —dijo.

—Te lo juro. —Ella levantó la mano—. Soy absolutamente sincera. Y, por otra parte, ¿era Palmer el primero que tenía un lío con una secretaria? Acaso esa Rhoda era demasiado ambiciosa...

—La interrogaré —prometió él.

Cuando ya estaba vestido, Vera, envuelta en un suntuoso salto de cama, se le acercó, mimosa.

—Esa clase de chicas son siempre muy listas. No dejes de tenerlo en cuenta —aconsejó.

Kentley asintió en silencio. Aquella noche, tardó mucho en conciliar el sueño.

¿Era Rhoda la culpable de cuatro asesinatos, fríamente premeditados y ejecutados con toda precisión?

—Rhoda Fairchild no es culpable —dijo el sargento Gerard a la mañana siguiente.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Kentley.

—En primer lugar, no se ha movido de Bowmer City en los últimos seis meses. En segundo lugar, jamás ha tenido cinco mil dólares en su cuenta de ahorros.

—Desde la muerte de Palmer, pasaron dos años. Pudo haber reunido el dinero en billetes.

—Cierto, pero tenemos a su favor que no viajó a Nueva York.

—En cambio, yo sé que engatusó a Palmer.

Gerard parpadeó.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Alguien que la vio en sus brazos, sargento.

—Teniente, ¿le gusta a usted esa chica?

Kentley saltó en su asiento.

—Gerard...

—Le vi muy impresionado cuando le dijeron que Rhoda había encargado la máscara. Ahora parece muy afectado por esa información. Con sinceridad, para mí es una chica muy decente.

—Gracias, sargento. Pero nosotros no podemos basarnos en opiniones personales.

—Entonces, hable con ella y escuche su versión de los hechos.

—Muy bien, es una buena idea. A propósito, ¿fue a ver a Ryan como le ordené?

—Está a punto de madurar, teniente, quiero decir que, con un poco más de presión, admitirá haber negociado los bonos y acciones sustraídos.

—Gracias.

Kentley abandonó su oficina y regresó a casa. Rhoda apareció a las cinco y media de la tarde.

—Tengo que hablar con usted —dijo.

Ella le vio muy serio y contestó con un gesto afirmativo.

—De acuerdo. Entre y prepararé café.

Kentley cerró la puerta.

—Será mejor que empecemos ahora —dijo—. Rhoda, sé que usted fue vista en cierta ocasión en brazos de Palmer. Hay una persona que lo vio personalmente y, en principio, no dudo de su declaración. Pero me gustaría conocer su versión de los hechos.

—Es cierto —admitió ella sin pestañear—. Una vez, caí en brazos de Palmer.

Las facciones de Kentley se contrajeron. Rhoda sonrió.

—En aquella época, estaba algo baja de tensión. Puede consultar al doctor Spencer, que fue quien me trató. Mi... caída en brazos de Palmer fue debida a una lipotimia no demasiado intensa, por fortuna. Antiguamente se llamaba desmayo. Por fortuna, ya estoy curada.

—No lo sabía...

—¿Quién le ha dado la información? ¿Puedo saberlo?

—Claro, no tengo por qué ocultarlo. Se llama Vera Ames.

—¡Vera Ames! —repitió la muchacha.

—¿La conoce?

—Claro, aunque no llegué a tratarla. Sí, ella me vio a mí en brazos de Palmer, cuando ya empezaba a recobrarme.

—La señora Ames era cliente de Palmer, pero le retiró su confianza.

—Sería en el aspecto monetario, Archie.

—¿Cómo? ¿Qué trata de decir?

—Usted me ha hecho recordar a esa mujer. Sospecho que el nerviosismo de Palmer no se debía al hecho de que su esposa fuese infiel, sino porque la señora Ames, tal vez, le pedía demasiado dinero.

—¿Está segura?

—Una vez, yo rellené un cheque por una cantidad bastante elevada, aunque lo firmó Palmer, por supuesto. Palmer me dijo que era una especie de préstamo a la señora Ames, con la garantía de sus acciones. La operación era perfectamente legal.

—Y usted no sospechó nada.

—Entonces, no.

—¿Y ahora?

—Francamente, no tengo la seguridad de que la señora Ames no estuviese presionando a Palmer... en sentido monetario, se entiende.

—Rhoda, ¿por qué no me dijo eso antes?

—Porque fue un incidente muy breve y porque dejé de ver a la señora Ames muy pronto.

Kentley contempló a la muchacha. Tanto Rhoda como Vera tenían una figura muy parecida, acaso Vera con un par de kilos de más. En cuanto a Ada Palmer, el parecido anatómico, según los informes, podía resultar también sorprendente.

El teléfono sonó de repente. Rhoda fue hacia el aparato, lo levantó, escuchó unos momentos y después lo tendió hacia el joven.

—Es para usted, Archie.

Kentley tomó el auricular.

—Señor, soy Gerard. —Oyó la voz del sargento—. Acabo de recibir una información anónima. Hemos descubierto el escondite de la señora Palmer.

—¿Cómo?

—Ada Palmer está en una cabaña situada cerca de Aurora Lake, al otro lado del cruce de caminos del Norte.

—¿Quién le ha dado la información, sargento?

—Lo siento, señor. La telefonista me transmitió simplemente el mensaje recibido. Le he preguntado y dice que no sabría asegurar si fue hombre o mujer. Seguramente, el informador disfrazó la voz...

—Está bien, Gerard. Venga a buscarme con un coche.

—Sí, señor.

Kentley colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Hemos descubierto el escondite de Ada Palmer.

CAPÍTULO XII

Al atardecer, cuando el sol se acercaba ya a las cimas de las montañas, un coche se paró delante de la casa situada en la ladera de una colina. Al oír el ruido del motor, una mujer salió a la veranda.

Era realmente hermosa, apreció Kentley, al apearse del vehículo. Pero aquella mujer había cometido cuatro asesinatos a sangre fría...

—¿Señora Palmer? —preguntó.

—Yo soy —contestó ella.

—Me llamo Kentley, del departamento de Homicidios. Éste es el sargento Gerard, señora.

Ada movió la cabeza.

—Encantada... aunque no puedo imaginarme los motivos por los que han venido a esta casa —declaró—. Al sargento ya le conozco, desde luego.

—Sí, señora... —dijo Gerard—. El teniente Kentley quiere decirle algo, señora Palmer. Ada hizo un ademán.

—Entren, por favor. Calentaré café...

—No será necesario, señora. —Tras cruzar el umbral, Kentley dijo—: Lamento mucho lo que me veo obligado a hacer, pero debo detenerla, acusada de homicidio en primer grado.

Ada retrocedió un paso, con el horror retratado en su hermoso rostro.

—¿Quiere decir... que me considera como la asesina de mi marido? —exclamó.

—No, señora; ya sabemos quién mató a su marido. Fueron cinco personas y cuatro han muerto. Las cuatro víctimas fueron Mitt Fulbert, Dorothy Chandler, Arthur Howiston y Bruce Grotton. De esas muertes es de lo que la acuso a usted, señora Palmer.

Las piernas de Ada flaquearon súbitamente y tuvo que sentarse en una silla. Kentley hizo un gesto al sargento y éste se apresuró a

buscar algo que reconfortase a la mujer, que parecía a punto de desmayarse.

—Teniente... —balbució Ada—. Creo que sufre usted un error monstruoso... Yo no he matado a nadie...

—Quería vengar a los asesinos de su esposo.

—Eso no le hubiera devuelto la vida.

Gerard vino con un vaso en el que había puesto agua y coñac a partes iguales. Ada tomó unos sorbos y el color retornó lentamente a sus mejillas.

—No he matado a nadie —insistió, con voz en la que ya se notaba más firmeza.

—Lo probaremos, señora. Gerard, eche un vistazo a la casa.

—Sí, señor.

—Teniente, yo amaba muchísimo a mi marido...

—Quizá por eso concibió la idea de vengarse. Y de paso, aprovechar el millón de dólares que fue la causa de su muerte.

—No, no, el dinero no me importaba en absoluto. Yo tenía una pequeña fortuna antes de casarme con Lee. Él me interesaba sobre todas las cosas.

—Bien, entonces, dejaremos el interés monetario a un lado y nos concentraremos en la venganza por amor.

De pronto, Gerard entró en la sala, sosteniendo un revólver, por medio de un lápiz atravesado en el guardamonte.

—He encontrado esto en el dormitorio —dijo.

El revólver tenía silenciador.

Kentley fijó los ojos en Ada. Ella parecía enormemente asombrada del hallazgo.

De pronto, Gerard se acercó a la chimenea, en cuya repisa había un fusil de caza. Contempló el arma unos instantes y se volvió hacia su jefe.

—¿Lo ha visto, teniente?

—Habrà que llevarlo también a la Jefatura. Pude encontrar una de las dos balas que nos dispararon a la señorita Fairchild y a mí. Haremos la comparación pertinente en Balística.

—Sí, señor.

Kentley sacó algo de uno de sus bolsillos. Dos chasquidos metálicos sonaron sucesivamente. Ada contempló con ojos extraviados las argollas metálicas que ceñían sus muñecas.

De pronto, sonrió con amargo humorismo.

—Hubo un tiempo en que llevaba mejores pulseras —dijo.

—Lo siento de veras, señora Palmer. Es mi deber, trate de comprenderlo —contestó Kentley.

Momentos después, el coche, con Gerard al volante, arrancaba de nuevo en dirección a la ciudad.

Quince minutos más tarde, una mujer asomó la cabeza por la puerta. Miró a un lado y a otro y, a continuación, corrió hacia la parte posterior, donde estaba el garaje.

Levantó la puerta y sacó el coche, dejándolo a continuación ante la fachada de la cabaña. Luego entró de nuevo en el edificio, para salir segundos más tarde con una maleta, que parecía pesar enormemente, a juzgar por el hecho de que no podía apenas levantarla y tenía que arrastrarla en la mayor parte del corto recorrido.

Cuando llegó al primer peldaño, lanzó un fuerte suspiro. Descendió los siguientes escalones, tirando de la maleta, que rebotó varias veces. Luego dio media vuelta para disponerse a levantarla y colocarla en el maletero. Entonces fue cuando vio al hombre que estaba al otro lado del coche, apoyado con los brazos en el techo del vehículo.

—En otras circunstancias, te ayudaría a poner la maleta en el portaequipajes, pero ahora, honradamente, no puedo.

El rostro de Vera Ames griseó.

—Archie, hay un millón. Piensa en ello —dijo.

—Una vez dijiste que si tuvieras un millón me comprarías.

—Entonces, ¿ésa es la causa de que me hayas descubierto?

—No. Tu propia llamada, la que denunciaba la presencia de Ada Palmer en esta cabaña. Es de tu propiedad, creo. Y un revólver y un fusil de caza, esté usado para acentuar las sospechas sobre Ada.

—Sí.

—Y durante los últimos tiempos, has sabido ganarte la confianza de Ada... Eras la amiga fiel y cariñosa, atenta y persuasiva, que sólo quería hacerle olvidar la tragedia que vivió, hasta que conseguiste convencerla de que se viniese a pasar una temporada aquí, en la soledad del campo, en una cabaña donde no hay diarios ni revistas, ni radio ni televisión... Así, Ada estaría absolutamente aislada, aunque es de suponer que tú le hicieras alguna visita de cuando en

cuando, para traerle víveres y darle ánimos. ¿Me equivoco?

Vera trató de sonreír.

—¿Tan malo era el plan? —inquirió burlona.

—Según tu propio punto de vista, no. Y casi ha estado a punto de salirte bien. Has denunciado el escondite de Ada, cuando te diste cuenta de que ya no podían matar al último de los conjurados, porque había sido arrestado por el asesinato de Lee Palmer. Entonces pensaste llegada la hora de desaparecer, con el fruto de tu botín. Por cierto, ¿dónde estaba el dinero?

Ella se irguió, orgullosa.

—Lo habíamos planeado Lee y yo. Él estaba harto de una mujer muy hermosa, pero dulzona y empalagosa hasta la náusea. Lo que sucede es que los perjudicados no quisieron quedarse mano sobre mano.

—Eso significa que tú ya sabías dónde estaba el millón.

—Aquí, Archie.

—Me extraña que no te hayas marchado antes.

—No podía hacerlo. Tenía queirme cuantío nadie pudiera relacionarme con el asunto. Alguno sabía que Lee y yo éramos amantes. Mi desaparición prematura hubiera provocado muchas sospechas.

—Sí, por un millón valía la pena esperar, sobre todo teniendo en cuenta que, en alguna ocasión, habrás sacado un par de fajos para ir tirando, ¿verdad?

—No había más que abrir la maleta —sonrió Vera.

—Pero, al mismo tiempo, en dos años, has estado estudiando a fondo las costumbres de tus víctimas. No podías permitirte el lujo de fallar cuando pusieras el plan en práctica.

—Las cosas se hacen bien o no se hacen, Archie.

—Nos encontramos la misma noche de la muerte de Fulbert y a muy corta distancia de la casa. Pero ya hacía hora y media que había muerto. ¿Dónde estabas?

—En mi coche, tendida en el asiento posterior. Estaba en una zona oscura y lo dejé allí. Quería que alguien viera a una mujer rabia, vestida de negro. Pero si ello sucedía hora y media más tarde, habría cierta confusión en los testigos.

—Alguno de ellos te vio con la cara de Ada.

—Dos, los primeros solamente. Luego me quité la máscara y la

guardé en el bolso. Entonces te encontré a ti.

—A Dorothy la mataste de una forma particularmente desagradable. ¿Por qué no emplear el revólver?

—Había que dar la sensación de que Ada sentía contra ella un resentimiento aún mayor que contra los otros. Hubo un tiempo en que Lee y aquella vieja zorra anduvieron metidos en un romance.

—Sí, parecía lógico que la hiciera sufrir más que a los otros. Howiston vivió todavía un poco, después de recibir dos balazos.

—No tiré a la frente. Quería que declarase la identidad de su asesina.

Kentley contempló unos instantes a la mujer que estaba frente a él y a la que había tenido en sus brazos en más de una ocasión. Era hermosa, bellísima, con la hermosura del mal, la belleza del ángel caído...

—Archie, dime, ¿qué error he cometido? —preguntó ella, después de unos segundos de silencio.

—Empleaste un nombre inadecuado para comprar la máscara.

—Me pareció lo mejor, aunque, ¿quién iba suponer que te relacionarías con ella?

—Eso significa que no supiste prever todas las eventualidades. Ni siquiera el hecho de que mi automóvil se parase un par de segundos, a menos de doscientos metros de la cabaña, en la primera revuelta, para que yo pudiera apear-me.

—¿Suponías que podía estar aquí?

—Era lógico, Vera.

Ella suspiró. De súbito, abrió el chaquetón y sacó un revólver.

—Voy a tener que matarte, Archie —dijo—. No puedo consentir que me cierres el paso.

Kentley permaneció inmóvil, en la misma postura. De repente, se oyó el rugido de un automóvil que se acercaba a toda velocidad.

Vera volvió la cabeza. Kentley saltó a un lado.

El coche se detuvo. Vera apuntó con su revólver al recién llegado.

—¡Quieto, Vance! —gritó.

El recién llegado abrió la portezuela.

—¡Perra! Ibas a largarte, dejándome en la estacada...

Vera hizo fuego. Ryan se tambaleó, herido en un hombro. Pero también estaba armado y su pistola era de calibre 45. El pesado

proyector alcanzó a Vera entre los senos y la hizo saltar dos metros hacia atrás.

Ryan lanzó una obscena maldición. Tiró la pistola a un lado y se llevó la mano al hombro izquierdo, alcanzado por el disparo de Vera. Entonces, con ojos desorbitados por el horror, vio a Kentley que le apuntaba con su revólver de reglamento.

Kentley se sentó junto a Ada y tomó sus manos, ya libres de las esposas.

—Tiene que dispensarme el mal rato que le dimos —sonrió—. Pero era absolutamente necesario.

—No se preocupe, teniente.

—Señora Palmer, permítame que le diga una cosa, con absoluta sinceridad.

—¿Sí?

—Trate de olvidar su drama. Usted es todavía muy joven, muy hermosa... Tiene mucha vida por delante.

No se encierre en el recuerdo de un hombre que, aunque sea duro decirlo, no se merecía su amor.

Ada esbozó una sonrisa. «Lástima, si no estuviera Rhoda por medio, sería cosa de intentar conquistar a esta preciosa mujer», pensó Kentley.

—Procuraré seguir su consejo, teniente —respondió Ada.

Aquella noche, aunque bastante tarde, Rhoda hizo café y sirvió las tazas. Kentley estaba sentado en el diván, en mangas de camisa, con la corbata floja y el cuello desabrochado.

—Hay algo que no entiendo —dijo la muchacha—. ¿Por qué tenía que intervenir Ryan también en el asunto del millón?

—Rhoda, ¿cómo crees que consiguió Vera muchos de sus informes sobre las vidas y costumbres de sus víctimas, con las que prácticamente no había tenido trato? ¿Cómo supo quién le haría una máscara, fiel reproducción de las facciones de Ada?

—Es cierto —convino ella—. Pero la idea de llevarla a la propia cabaña de Vera...

—Era una mujer con mucha psicología. Vera sabía que había sido Ada la que descubrió el cadáver de su esposo. Habían acordado reunirse aquella misma noche, para reconciliarse, después de uno de los numerosos devaneos de su esposo. Los conjurados lo sabían y decidieron actuar. Ada llegó cuando el hielo que había cubierto el

cadáver, enfriándolo con gran rapidez, acababa justo de fundirse, por la temperatura y el agua de lluvia. Y esto engañó a todo el mundo, porque el forense declaró que Palmer había muerto, como mínimo, una hora antes de la real. Esto, lógicamente, permitió las coartadas de los asesinos.

—Archie, tú viste llegar a Ryan. ¿Por qué no le impediste disparar?

Kentley guardó silencio unos instantes.

—A veces conviene dejar que ellos mismos se destruyan —respondió al cabo—. Vera ha pagado sus crímenes con la vida, y a Ryan, después de muchos años, hemos podido pillarle con las manos en la masa.

—Hombre astuto —sonrió la muchacha—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Kentley sacó una llave y la hizo saltar en la palma de la mano.

—Ada no quiere volver más a la casa donde encontró muerto a su esposo —dijo—. Entre paréntesis, ésta es una de las razones por la que a Vera le resultó tan fácil convencerla para que fuese a su propia cabaña a descansar. Y ahora, volviendo a lo nuestro, te diré que la señora Palmer ha aceptado mi proposición de compra. Mil quinientos dólares al contado y el resto en cómodos plazos.

—Vaya, te has convertido en propietario —exclamó Rhoda, admirada.

—Un día tendré que casarme. La cabaña es el lugar ideal para una luna de miel.

—Ah, vas a casarte...

Kentley fijó los ojos en Rhoda.

—Puesto que estudias Psicología, trata de averiguar a quién pediré un día que se convierta en mi esposa —respondió.

Rhoda sonrió tenuemente, un tanto ruborizada.

—Haré un esfuerzo —contestó.

—No será demasiado intenso, creo.

—Desde luego. Es fácil de adivinar.

—¿Cuál es la respuesta, Rhoda?

Ella volvió a sonreír.

—Te ayudaré a pagar los plazos de la cabaña —dijo.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

